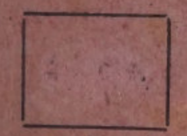
JOSE GONZALEZ CASTILLO

HERMANA MIA...

DRAMA EN TRES ACTOS





BIBLIOTECA

TEATRO NUEVO

Vol. II

BUENOS AIRES



J. GONZALEZ CASTILLO

HERMANA MIA...

DRAMA EN TRES ACTOS





HERMANA MIA...

Drama en tres actos, original de
J. GONZALEZ CASTILLO

REPARTO

(Por orden de presentación de los personajes en escena)

BERMUDEZ OCAMPO
PAEZ
FERNANDEZ
DOCTOR CASTRO
SARAH
Misia DOLORES
JUANITA
TERESA
PEPITA
SANCHEZ
Señora de OCAMPO

La acción en Buenos Aires. Epoca actual.

Estrenada en el *Teatro Marconi*, por la Compañía *Fanny-Brena-Eliseo Gutiérrez*, la noche del 5 de Marzo de 1925.

"Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada.
—Quien te me diese como hermano que mamó los pechos de mi madre; de modo que te halle yo fuera, y te bese, y no me menosprecien".

SALOMON. "Cantar de los cantares".

"Bella página de un libro de oraciones
con estampas bizantinas, tus afectos,
hija mía, madre mía, novia mía,
Tus afectos,
son las páginas de un libro de oraciones,
donde rezan los nenitos,
donde buscan los nenitos, pobrecitos,
las madonas y los cristos de radiantes corazones.

ALMAFUERTE. "Cantar de los cantares".

"Si Dios hubiese querido hacer a la mujer superior o inferior al hombre, la hubiera arrancado de su cerebro o de sus extremidades; pero quiso hacerla su igual y por eso la arrancó de su costado..."

SAN AGUSTIN. "Meditaciones".

ACTO PRIMERO

Salita "fumoir" o de recibo, contigua al gabinete de trabajo de Bermúdez Ocampo, en un chalecito de Flores. Los muebles, cuadros, gobelinos y cortinados que adornan la sala, la disposición de todo, revelan el buen gusto y la esplendidez del dueño de casa. Puertas: a la izquierda, la que conduce al gabinete de Bermúdez; a la derecha la que lleva al interior.

En ochava, a foro, la que da al hall o vestíbulo de la casa. Es tarde, en Otoño.

ESCENA I

OCAMPO — PAEZ — FERNANDEZ — DR. CASTRO

(Al levantarse el telón, la escena permanecerá vacía algunos segundos. Se escucha el murmullo de voces masculinas que vienen de izquierda. Inmediatamente salen a escena los cuatro hombres conversando animadamente.

Bermúdez Ocampo es el tipo de escritor nuestro, en pleno goce de su prestigio. Mezcla de bohemio y gran señor. Aunque viste con cierto elegante desaliño, se vé en él, a primera vista, al hombre de gusto, que ama la buena vida y "se sabe gastar la plata", que si no "gana" en la acepción pura del verbo, obtiene gracias a sus múltiples recursos de vividor.

De cuarenta años apenas, la vida, un tanto desordenada que ha vivido, ha dejado en todo él, huellas indelebles. Tiene cierto aspecto de fatiga prematura, que le hace aún más viejo de lo que es. Paez es el tipo del comisionista. Joven, activo, resuelto. Parece el modelo

vivo del luchador metropolitano, dado a todos los entreveros de la conquista del peso. Fernández es un periodista viejo; a la legua se adivina su pobreza de dinero. Habla con firmeza, pero sin afectaciones ni empirismos. Es el hombre reposado, de larga experiencia, inteligente y sin ilusiones.

El Dr. Castro es un médico joven, sin otras características destacadas).

OCAMPO

Me halaga mucho saber que les ha gustado a ustedes el asunto, pero aquí, Fernández, no ha dado aún su opinión... y eso es sintomático...

FERNANDEZ

No veo por qué ha de serlo...

OCAMPO

Porque en el fondo, tu eres un crítico, y — sin molestar al doctor, ni a Paez — no te dejas llevar tan fácilmente por las primeras impresiones... Veamos: con franqueza. ¿Qué opinas del asunto de mi drama?

FERNANDEZ

Ya que lo exiges, te hablaré con franqueza...

OCAMPO

Es lo que necesito. Sentémonos un rato más... ¿Fuman ustedes? (*Invita con habanos*). (*Se sientan*).

PAEZ

Veamos los reparos del amigo crítico...

FERNANDEZ

No son reparos... Puntos de vista, más bien. El asunto en sí no deja de ser interesante... Pero no para un drama ni para una novela. En la ficción literaria y artística, lo esencial, es el tema dramático...

OCAMPO

¿Y crees tú que no hay un drama en la historia de la pobre esposa, cuyo marido malgasta el patrimonio de los hijos hasta perder la propia casa en que viven, en negocios descabellados o en especulaciones para las cuales no es apto?... ¿No hay acaso una tragedia en ese hogar, cuya catástrofe no puede detener la esposa, por que sin tener motivos para provocar el divorcio, no goza tampoco

del amparo de una ley que le diga al esposo: "Basta, señor. Usted no puede comprometer en su mala racha, o con su ineptitud, lo único que resta a la seguridad de la familia... Hasta aquí no más llega su famosa potestad marital! ¿No hay un drama, un terrible drama en todo esto?...

FERNANDEZ

Si, lo hay, no lo discuto, pero sí, sostengo, que todo eso no tiene interés dramático, que es otra cosa muy distinta. En el teatro como en la novela, los asuntos de orden económico, social o legal, no interesan, por "interesantes" que parezcan, porque, precisamente, carecen de lo que yo llamaría la salsa humana, es decir, la pasión...

OCAMPO

¿Ni a pesar de lo que en él se diga...?

FERNANDEZ

Ni a pesar de eso!

PAEZ

¿Y qué complicación podría darle Ocampo a su drama, según usted, para prestarle ese interés de que carece...?

OCAMPO

Eso. ¿Qué complicación que no desvirtuara la nobleza del tema...? Porque debo advertirte que en mi pieza no hay seres malos ni buenos. No hay adulterio ni desamor. Son seres normales, más bien buenos, y, precisamente, ahí radicaba yo la verdad del drama. En que la tragedia se produce sin causas fatalistas o falsas que la provoquen.

FERNANDEZ

Pero si en la vida, en la verdadera vida, tampoco hay seres buenos ni malos, propiamente dichos. Hay lobos y corderos, sin duda, pero ante la ley igualitaria de la Creación, tan puro en su sanguinario instinto de defensa el lobo, como en su pasiva mansedumbre el cordero. Y ahí está el secreto de esa complicación que te hace falta: la de que en tu drama, el lobo sea lobo y el cordero, cordero, pero que seas tú quien desentrañe la ley misteriosa y arcana que creó el drama entre ambos...

Todas las tragedias humanas tienen un mismo punto de partida o de meta: el problema sexual; es decir, la lucha de los sexos. El amor, el odio, los celos, la envidia, la ambición, la muerte... Las 14 situaciones invariables del drama, son nada más que reflejos del eterno problema...

OCAMPO

Entonces, crees tú que mi drama necesita...?

FERNANDEZ

Eso... Necesita el drama... la tragedia sexual que dé emoción y razón humana a tus teorías. ¿Por qué defiendes tú, la situación de la mujer en la sociedad?

OCAMPO

Porque la mujer está sola frente a ella. Su posición de inferioridad, de servilismo civil con relación al hombre, la mantiene en un desamparo injusto y tiránico... Necesita leyes que la protejan... exige instituciones que la defiendan... derechos que la liberten, ejecutorias que la igualen. Una de esas conquistas podría ser la sanción de su personería civil, en el matrimonio y fuera de él. Y mi drama, en apoyo de esa tesis, presenta un caso real, indiscutible, de la necesidad imperiosa de esa sanción. ¿Qué más puede pedirse?

FERNANDEZ

Te olvidas que son los hombres los que hacen las leyes, y que para el hombre, la mujer es siempre un ser de excepción: la idolatra cuando madre, la idealiza cuando novia, la diviniza cuando hija...

PAEZ

La olvida cuando es hermana...

FERNANDEZ

Si no la olvida, le niega los derechos de tal; y eso es lo primero que el moralista debe predicar y perseguir: la fraternización, diría, de la mujer. Antes que madre, hija o novia, la mujer es hermana del hombre. Combate en él su pernicioso afán de idealizarla y su perverso instinto de poseerla. Convéncelo de su deber de igualarla a sí, de concederle derechos antes que obligaciones, de considerarla hermana antes que mujer... y luego, enséñale a crear leyes que robustezcan esa justicia... y harás obra positiva, permanente y humana.

DOCTOR CASTRO

Pero la vida y la sociedad se rigen por leyes inmutables, que el lenguaje ha bautizado con palabras: amor, derecho, honor, paz, orden, etc...

FERNANDEZ

Si, doctor. Hay una palabra también que sintetiza esa doctrina:

Perdón. En nuestro contrato social con la mujer, todas esas palabras no tienden más que a esclavizarla, a someterla a nuestra autoridad o a nuestro egoísmo: hablamos de amor, de derechos, de honor, de orden, de paz, etc. y solo tenemos en cuenta los nuestros... ¿Por qué no habremos de oponer a ellas la sagrada fórmula del perdón, principio de toda justicia, como contrapeso de las demás, base de toda desigualdad?

Busca por ahí el asunto medular de tu drama... y yo seré el primero en aplaudirlo...

OCAMPO

No me has convencido del todo... pero me has deconcertado un poco... y eso es mucho para quien debe buscar rumbos seguros. Te lo agradezco, Fernández...

FERNANDEZ

Bah! Seré yo quien te lo agradezca, si mi opinión ejerce alguna influencia en tí...

DOCTOR CASTRO

Ahora, me permitirán ustedes que intervenga yo otra vez... No se olviden ustedes de que soy el médico... (Poniéndose de pie). Antes de comenzar su nueva obra, amigo dramaturgo, será necesario que se tome usted el descanso que yo le he impuesto... Usted no debe trabajar por seis meses, ya se lo he dicho... Todo eso es muy bonito y muy interesante... pero hay que cuidar primero la salud... eh?

FERNANDEZ

En eso yo no tengo opinión...

PAEZ

Yo la tengo, y opino como el doctor... Mereces y necesitas unas vacaciones, Ocampo...

DOCTOR CASTRO

Si no quiere usted irse a Europa... váyase a provincias... distráigase... pero, por favor, nada de escribir... ni dramas ni novelas... Entendido...?

OCAMPO

¡Oh!... Veo yo también que me hace falta lo que usted me aconseja, doctor, pero no siempre se pueden obtener los remedios que recetan los médicos...

DOCTOR CASTRO

Vaya... ¿Y por qué?

PAEZ

Es lo que digo yo... ¿Por qué?

OCAMPO

Porque está uno tan ligado a esta vida... tan enredado en sus compromisos que... que no siempre se cuenta con seis meses de tiempo para descansar...

PAEZ

Vaya, hombre. Con decirle a tus compromisos que esperen, está todo... Los cumplirás mejor así... después de la benéfica relache...

OCAMPO

Pobre Paez... (*Palmeándole*). Cómo se ve que tienes otro oficio tan distinto al mío... Tu no sabes lo que es vivir dependiendo de empresas editoriales o teatrales... de las letras... y no precisamente de las de cambio, como tú...

DOCTOR CASTRO

Bien; de cualquier modo. Hay que descansar; esa es mi consigna...

FERNANDEZ

Feliz de tí, que tienes por lo menos quien te imponga esa receta... A mi los médicos ni siquiera me la dan.

(*Aparecen por la ochava foro, Sarah, Misia Dolores y Juanita, que vienen en traje de calle*).

ESCENA II

DICHOS — SARAH — MISIA DOLORES — JUANITA

(*Sarah, la esposa de Ocampo, es una mujer joven, bella, de distinguidos modales y de visible inteligencia, más cultivada por el contacto de su marido que por el caudal de sus conocimientos. Afable y positivamente buena.*

Misia Dolores, su madre, es una anciana de mediana condición social. Toda ella, dentro de una pulcra simplicidad de formas, revela a la mujer que ha sufrido, Juanita es una niña, de 14 a 15 años, hermana menor de Sarah, que vive con la madre, aunque bajo la tutela y protección de aquella).

SARAH

(*Entrando*). Buenas tardes... Están ustedes muy ocupados...?

OCAMPO

No, querida... Adelante... Charlábamos, no más!

FERNANDEZ

¡Señora! (*Saludo*).

SARAH

Buenas tardes, Fernández... ¿Cómo está usted, doctor?... (*A Páez*). A usted no lo saludo... No le veo, acaso, todos los días...?

PAEZ

¿Es un castigo que me impone usted?

SARAH

No... es una economía que hago... Mi marido me ha impuesto ahora un serio plan de economías... (*Ríe*). ¡Ah! Pero que distraída soy... Perdónenme ustedes... Les presento a mi mamá...

FERNANDEZ

Tanto gusto, señora... (*Misia Dolores saluda a Fernández y al Dr. Castro*).

DOCTOR CASTRO

¡Qué mamá más joven había tenido usted, señora!

SARAH

¡Caramba! Supongo que no me creerá usted tan vieja como para tener una mamá centenaria... Mi hermanita menor... la nena mimosa y única de las dos familias...

OCAMPO

(*Saludando a Misia Dolores*). ¿Cómo está usted, señora?...

MISIA DOLORES

Como está, Carlos...?

(*Fernández y Dr. Castro saludan a Juanita*).

OCAMPO

(*A Juanita*). ¿Cómo te va, hijita? ¿Estás de vacaciones?

JUANITA

Sí... Sarah quiso que no fuera al Colegio por esta semana...

PAEZ

Cada día estás más señorita... Ya voy a tener que dejar de tutearte...

SARAH

¡Bah! ¿Por qué? Usted la conoce desde criatura, Paez...

OCAMPO

¿Y a qué se debe esta feliz visita?

SARAH

¿Lo ve? ¿Lo ve usted, mamá...? ¡Ya ni lo recuerda!

PAEZ

Alguna fecha memorable, verdad?

SARAH

A que usted es capaz de recordarla, Paez...

PAEZ

En efecto... Podría apostar que sí...

OCAMPO

¡Pues no caigo! ¿Qué fecha es esa? ¿Qué es lo que se conmemora?

MISIA DOLORES

Pero, Carlos... ¿Es posible? Cuando Sarah me decía que le daríamos una sorpresa no pude creerla...

OCAMPO

Señora... No se tiene siempre la cabeza para estar en todos esos pequeños detalles de la vida... Pero, en resumen... ¿De qué se trata? Veámos...

DOCTOR CASTRO

Ya le he dicho, señora, que nuestro amigo requiere un poco de descanso... Esto es una prueba más, si en efecto, la fecha que usted quiere recordar es tan importante como para no ser olvidada...

SARAH

Si, si, doctor... Ya lo sé..., y por eso se lo perdono todo... Estos escritores siempre tienen la cabeza a pájaros... Vamos a ver. No le diga usted nada, Paez... Que adivine solo... A ver: Adivina, adivinador... ¿Qué fecha es hoy?

OCAMPO

¿Hoy?

SARAH

Sí, hoy, señor mío... hoy, no mañana!!

OCAMPO

Pues... francamente... (A Paez). ¿Qué día es hoy...? Porque yo no sé el día en que vivo...

SARAH

¿Pero es posible...?

OCAMPO

¡Y tan posible...! Sé que es viernes o jueves... pero la fecha... A ver... Hoy es... es...

PAEZ

Hoy es sábado, Carlos, no viernes...

OCAMPO

Es verdad... Tienen razón, sábado... ¿No ven ustedes? Ni el día...

SARAH

La fecha. Señor, la fecha es lo que interesa... Vamos a ver, señor descuidado... ¿Qué ocurrió el día 25 de marzo de 1918...? Hace hoy, precisamente, siete años...?

OCAMPO

Así no es gracia, corazón... Ya está... Ese día... ese día estalló una revolución en México...!

SARAH

¡Bah! Déjate de bromas.

OCAMPO

¿Pero no es, acaso, una adivinanza tu pregunta?

SARAH

No, señor. Es un recuerdo, y muy grato... que, desgraciadamente veo que está cayendo en el olvido... Hoy, 25 de marzo de 1918, hace siete años, señor mío, se casó en Buenos Aires, la pareja más feliz del mundo... Un escritor olvidadizo y neurasténico... y una mujercita de muy buena memoria y muy poca inteligencia... ¿Recuerda, ahora?

OCAMPO

(*Abrazándola*). Es verdad, mi bien... Soy un desalmado... Miren ustedes que olvidarme de eso...

FERNANDEZ

¡Mis parabienes! Que celebren ustedes muchos cientos de estos aniversarios...

SARAH

No tantos, Fernández, no tantos. Si este señor se olvida del 7°. aniversario, calcule usted qué ocurriría en el 777... (*Ríe*).

OCAMPO

Y bien... ¿Has preparado, entonces, alguna fiestita para celebrarlo?

SARAH

No... fiesta no... pero quise que comieran con nosotros tu mamá, la mía y Juanita... y aquí las tienes...

OCAMPO

Con el mayor gusto. Debí adivinarlo al verlas... Entonces, harás extensiva tu invitación a los amigos...

SARAH

Desde luego; quedan invitados...

FERNANDEZ

Yo se lo agradezco, señora... pero no me será posible... Debo asistir también a un banquete...

DOCTOR CASTRO

Y yo saldré en el rápido para Rosario...

SARAH

¡Jesús! ¿Y usted, Paez? ¿A dónde tiene que ir? ¿A algún velorio?

PAEZ

No señora, afortunadamente; yo vendré a cenar con ustedes... y representaré al Dr. y a Fernández... por lo menos en los honores al menú...

OCAMPO

¿Tú habías previsto la fiesta, eh?

PAEZ

Desde luego... Recordaba la fecha... y como hombre práctico me dije: aquí hay programa, y traté de no crearme compromisos para hoy...

SARAH

No puede negarse que es usted un hombre bursátil.

PAEZ

De muy buena memoria, Sarah... de muy buena memoria... (*Recalca bien las palabras, lo que impresiona un tanto a Sarah*).

FERNANDEZ

Bien; los dejamos a ustedes entregados a su felicidad... Ya importunamos.....

SARAH

De ninguna manera, Fernández. Pueden ustedes continuar su charla. Nosotras también tenemos que hacer... disponerlo todo... y los dejamos solos.

DOCTOR CASTRO

Si. Yo debo preparar mi viaje... Bien, señor Ocampo: que celebren ustedes dignamente la bella fecha, y ya lo sabe usted... descanso, descanso... para que no se olvide de ella el año próximo... (*Salúdalo*).

SARAH

Pierda usted cuidado, doctor. Yo se lo haré recordar...

FERNANDEZ

¡Repito mi buen deseo...! Ocampo, hasta más ver... Señora...

SARAH

¡Adiós Fernández...! ¡Adiós Doctor...! (*Saludan*).

DOCTOR CASTRO

(*A. M. Dolores*). A los pies de usted, señora... (*A Juanita*) Señorita...

FERNANDEZ

Adiós, señorita... que sea usted pronto tan feliz como su admirable hermana... (*Saluda*).

SARAH

¡Gracias, Fernández!,

FERNANDEZ

(*A Páez*). ¿Se queda usted entonces, Páez?

PAEZ

No... les acompañaré... Volveré más tarde...

OCAMPO

¿Tienes algo ineludible que hacer, Paez...?

PAEZ

No. Pequeñas cosas...

OCAMPO

Entonces quédate... Tengo que hablarte...

PAEZ

Como quieras...

FERNANDEZ

Buenas tardes y muchas felicidades...

SARAH

Adiós, doctor... Gracias...!

(*M. Dolores y Juanita saludan con una inclinación de cabeza*).

PAEZ

Hasta más ver, doctor... Adiós, Fernández... (*Ocampo acompaña hasta foro a Fernández y al Dr. Castro que hacen mutis*).

ESCENA III

SARAH — PAEZ — M. DOLORES — JUANITA

MISIA DOLORES

(*A Páez*). De manera, Páez, que no había olvidado usted la fecha del casamiento de Sarah?

PAEZ

¡Cómo había de olvidarla, señora...! ¿Cree usted que pueden olvidarse ciertas cosas...?

SARAH

Hay algunas que si no se *pueden*... se *deben* olvidar, Paez...

MISIA DOLORES

Lo decía... porque ahora recuerdo que usted no estuvo en la ceremonia... ni en la fiesta en casa...

PAEZ

Es verdad... Estuve indispuesto ese día... Además era tanta mi amistad con Carlos y con ustedes que me consideré con derechos a ser disculpado... Y después que...

SARAH

Le repito a usted Jorge, que hay cosas que se deben olvidar...

PAEZ

Como usted guste, Sarah... Ya sabe usted que siempre he hecho su voluntad...

SARAH

En cambio, le prometo no indisponerme el día que usted se case.

PAEZ

Entonces... Usted no se enfermará nunca, Sarah!

SARAH

¡Jesús... Qué abnegación!

PAEZ

Como usted quiera... pero yo le llamaría "que amargura...!"

SARAH

(*Muy seria y en tono de reproche*). ¡Páez! Doblemos la hoja... ¿Quiere usted...? Ahí viene Carlos... (*Aparece Ocampo por foro*).

ESCENA IV

SARAH — M. DOLORES — JUANITA — PAEZ — OCAMPO

SARAH

Pues, señor Marido... Contrariando tus órdenes de economía he hecho hoy algunos dispendios... derroches si tú quieres... y en castigo de tu olvido, te impongo la obligación de perdonarlo y el sacrificio de pagar esta cuentita cuando la vengan a cobrar...

OCAMPO

¿Cuenta? ¿De qué, hijita?

SARAH

Unas tonterías que hacían falta... y que por ser hoy el día que es, no quise dejar de comprarlas...

OCAMPO

(*Leyendo la nota*). ¡Seiscientos pesos!

SARAH

Si... ¿Te parece mucho? Fíjate que no son joyas, ni vestidos, ni lujos... Todo bazar, menaje... almacén...

OCAMPO

Bien, bien... no digo nada, querida... Tú mandas... Déjamela... ¿Cuándo traerán esto?

SARAH

Hoy mismo... Supongo que podrás abonarla... Verdad?

OCAMPO

Si... si... déjamela no más... Daré un cheque, en todo caso... aún que hoy no podrán cobrarlo...

SARAH

Si... la casa recibe los tuyos...

OCAMPO

Bien... Déjanos un rato con Paez... Tenemos que hablar de algo importante...

SARAH

Si. Nosotras iremos a preparar la cena... Hoy quiero ser yo misma la cocinera... Vamos, mamá.

MISIA DOLORES

Con permiso, Paez...

PAEZ

Es de ustedes...

SARAH

(*Yéndose*). No vaya a dejar de venir, Páez, eh? Mire que contamos con usted.

PAEZ

Compromiso hecho, señora!

SARAH

Hasta luego, entonces! (*Mutis con M. Dolores y Juanita*).

ESCENA V

OCAMPO — PAEZ

(*Cuando se van las mujeres, Ocampo cierra tras ellas la puerta*).

OCAMPO

Siéntate, Jorge... Tengo que hablarte de algo muy importante... Te llamé sin sospechar que vendrían esos... y no puedes imaginarte lo que sufrí para disimular mi inquietud...

PAEZ

Hombre... ¡Me alarmas...!

OCAMPO

Dime... ¿Tú tienes necesidad urgente de esa suma que te debo?

PAEZ

Quién te habla de eso... Ninguna... ¿Por qué...?

OCAMPO

Sé franco, Jorge... Si tú no lo eres conmigo, no sé quién podrá serlo... ¿No la necesitas en seguida...?

PAEZ

No, hombre, no... No te preocupes por ello... Me la devolve-

rás cuando puedas... como puedas... y si quieres... ¿Pero por qué? ¿A qué viene esa preocupación?

OCAMPO

(*Bajando la voz*). Estoy en una situación desesperante, Jorge... Anoche he vuelto a perder en el club... Y van cuatro noches seguidas... Pero no es eso lo peor... No lo es tampoco la circunstancia de haber quedado debiendo en la caja del club y a algunos amigos esas pérdidas... sino que hoy se me han vencido dos descuentos en los bancos... y que no tengo un solo sitio, un solo amigo, un solo prestamista a quien recurrir... Se me han cerrado todas las puertas...

PAEZ

Pero... ¿Y los teatros...? ¿El diario...? ¿Las casas editoriales...?

OCAMPO

Te he dicho que todo se ha cerrado... En el diario no quieren ya darme ni un centavo... Debo una enormidad... En los teatros... como no los llene de obras, y de obras de éxito, no podré cubrir nunca los adelantos y préstamos recibidos... Y los editores... ¡Bah! Mejor es no hablar de ellos... Si es como para pegarse un tiro!

PAEZ

¡No digas disparates, hombre! ¡Pegarse un tiro!! por una mísera deuda...

OCAMPO

No... No es una miseria... Son varios, pero varios miles de pesos, en los que van envueltos más que mi delicadeza, más que mi reputación, mi libertad, entiéndelo bien... mi libertad de trabajo y de pensamiento... y acaso la otra, la más querida e inviolable, Jorge... la otra...

PAEZ

Que dices, Ocampo... ¿Tu libertad...?

OCAMPO

Sí..., Jorge. Como lo oyes... Por eso he jugado... por eso, en el afán del desquite y de la obtención del dinero, he ido, como en un tembladeral, hundiéndome más a cada nuevo esfuerzo para zafarme... y el barro me llega al cuello!

PAEZ

Pero... ¿has podido cometer algún disparate?

OCAMPO

Si... algo más que eso... He cometido lo que para la ley es un delito... (*Más misterioso aún*). He firmado dos cheques importantes en descubierto... y a dos acreedores implacables... más que implacables... hartos ya, cansados, escarmentados de mí... A estas horas los habrán protestado... y acaso, presentado a la justicia de instrucción...

PAEZ

(*Se ríe*). No... no es posible eso...

OCAMPO

Y tan posible, como que me lo anuncian, en común, amenazándome... lee este papel... (*Entrega a Páez un papel que saca de su bolsillo. Páez lo lee rápidamente*).

PAEZ

¡Que infamia! Que infamia... Pero esto puede tener remedio, Ocampo... No es cuestión de desesperar. Tu no eres hombre de amilanarse por un contratiempo de este género... Creo que has salido de peores momentos en tu vida...

OCAMPO

Si... Cuando no eran ni tantas ni tan graves las circunstancias... Cuando podía trabajar... cuando me sobraban más que fuentes de recursos, energías de espíritu y resortes hábiles... Pero hoy... Hoy no tengo nada de eso... El doctor Castro tiene razón... Me siento cansado, agotado, debilitado... No puedo ya producir con la facilidad de antes... y menos en este estado de ánimo... con la preocupación constante, obsesionante, de estos apremios... Además... ya nadie cree en mí... he agotado también las fuentes de recursos, con la desconfianza sembrada... ¿Qué esperanzas puedo despertar en quienes ya no creo intereses...? ¡Si es para volverse loco...!!

PAEZ

¡Ocampo! ¡Cálmate! Acaso le hallemos solución... Dime una cosa. ¿Sarah conoce tu verdadera situación...?

OCAMPO

No... ¡Que ha de conocerla! Tienes la prueba en este mismo detalle. (*Le muestra la cuenta que le ha dejado Sarah*). Aumenta inconscientemente la gravedad de mi situación con esa nueva deuda... 600 pesos más!!

PAEZ

Eso no debe preocuparte..: Con devolver el pedido, está todo arreglado.

OCAMPO

¿Y qué remediaría con ello...?

PAEZ

También es verdad... Pero dime... ¿Y por qué no la has puesto al corriente de todo...? Es tu esposa, tu compañera...

OCAMPO

Si... ¿Pero a qué fines había de enterarla...? ¿Acaso tiene la mujer participación alguna en estos asuntos...? La pobre ha puesto todo lo que tenía que poner en la sociedad conyugal...: Ternura, tibieza, aliento... Pero de que sirve todo eso, si todo eso para subsistir, para valer, necesita del maldito dinero que estabiliza el hogar, del orden, del sentido administrativo que solo al hombre corresponde...? Aunque ella lo defendiera, aunque ella lo produjera, ¿cómo podría impedir el desastre, si el desastre comienza en la base... en mi desorbitada conducta, en mi carencia de previsión y de orden...?

PAEZ

Entonces... tu drama..., tu nueva obra...?

OCAMPO

Si... es mi propio drama... Hace tiempo ya que lo meditaba, preocupado con la situación de la pobre Sarah, de todas las pobres mujeres que en su situación han de purgar a la postre, una culpa de la que no son pasibles... Pero no es eso de lo que se trata ahora. Ya no tiene remedio ni vamos a enmendar tanto yerro con literatura... Dime. ¿Tú no puedes ayudarme o conseguirme quien me ayudara a salir por lo menos de las garras de esos prestamistas?

PAEZ

Hombre... Ya sabes que todo lo que poseo es tuyo... que puedes disponer de mi vida si es necesario... Pero, escasamente podría ahora..., mañana..., el lunes, reunir dos mil pesos o tres mil, en todo... ¿Cuánto debes a esos usureros...?

OCAMPO

¡Dieciocho mil pesos!

PAEZ

¿Y a los bancos?

OCAMPO

¿Qué se yo...? Como treinta mil...

PAEZ

Y no habrá medio de concursarte... de unificar la deuda, convocando a tus acreedóres...?

OCAMPO

Sí... Pero no ahora, que he firmado cheques en descubierto... Que ayer mismo he contraído nuevos compromisos... La intención dolorosa resultaría évidente...

PAEZ

Que desgracia! Que desgracia...! Pero dime, Carlos... Y perdona... pero a grandes males, grandes remedios... Sarah, ¿no tiene joyas...?

OCAMPO

—Sí...! pero no alcanzarían ni a pagar la mitad de una de mis deudas... Además... Desearía que no se enterara...

PAEZ

Tendrá que enterarse aunque no lo quieras...

OCAMPO

Lo prefiero así... Siempre recurrimos a la solidaridad cuando necesitamos de ella... No... Me hundiré, nos hundiremos... pero bajo mi absoluta, mi exclusiva responsabilidad...

PAEZ

Te desconozco, Ocampo... Nunca te he visto así... Tu estás enfermo... tu debilidad cerebral es la que magnifica las cosas... Yo espero que todo esto tendrá remedio...

OCAMPO

No... No... ya no lo tiene...!

PAEZ

Mira. Yo iré a hablar con tus acreedores... Con estos dos por lo menos... Me comprometeré, por mi parte, a solidarizarme con tu deuda... Les daré lo que tengo, lo que pueda reunir. No han de ser tan imbéciles que pierdan todo, por no esperar, o por no ceder en su capricho...

OCAMPO

Como quieras, Jorge... pero no me hago ilusiones... Están cansados ya...!

PAEZ

Aunque lo estén... Ya les haré cobrar bríos... es decir, esperanzas... Dame el papel... Aquí está la dirección... Y escúchame: sólo te pido una cosa: no desesperes, cálmate y olvídate de ello, hasta que yo regrese por lo menos... ¿Me lo prometes...? Yo, en cambio, casi puedo asegurarte que lo solucionaré todo...

OCAMPO

Gracias, Páez... Eres el amigo de siempre... (*Le da la mano*). Y otra cosa, Jorge... Por mi parte, sólo quiero hacerte una recomendación... Escúchame... (*Con honda emoción*). Si fracasaras... si tu abnegación y tu sacrificio no tuvieran el premio que merecen, si no hubiera otro remedio a este problema que...

PAEZ

Qué vas a decir, Carlos...!

OCAMPO

Nada... nada... Escucha... si no hubiera otra solución que el desastre total... Cuida de Sarah... Cuida de la pobrecita...

PAEZ

Pero qué dices, Ocampo...? Qué quieres decir...?

OCAMPO

(*Dominado por la emoción y casi sin poder hablar*). Y de mi madre..., Jorge...

PAEZ

...Carlos...!

OCAMPO

Perdóname... Perdóname... y vete ahora... que la suerte te acompañe...!

PAEZ

No... No... Ahora no puedo irme... no te dejo... No... Estás delirando... Dices disparates, Carlos...

(*Se oye adentro la voz de Sarah y unos golpecitos en la puerta*: Se puede...?)

OCAMPO

Ella...! Cálmate... Ni una palabra... Adelante!...

ESCENA VI

OCAMPO — PAEZ — SARAH — TERESA — PEPITA

SARAH

(*Apareciendo con Teresa y Pepita*). Siguen ustedes ocupados...?

OCAMPO

No... Hemos terminado ya... Deseas algo...?

SARAH

Traigo una visita que viene a pedirte un servicio... (*Presentando a Teresa*). La... la señora Teresa... una antigua condiscípula... y su hijita... Cómo es su nombre...?

PEPITA

Josefina, Señora...

OCAMPO

(*Con un saludo*). Tanto gusto, señora... Tomen ustedes asiento...

PAEZ

Bueno... Como quedan ustedes acompañados, voy en un salto y vuelvo...

SARAH

Cómo...! Se va Vd. Paez...? No se queda hasta la hora de cenar...?

PAEZ

Volveré antes de una hora, Sarah...

OCAMPO

Sí... Vete... vete tranquilo... (*A Teresa*). Me dirá Vd. señora, en que puedo serle útil...?

PAEZ

(*A Sarah*). (*En voz baja*). Acompáñelo, Sarah... (*Ante un gesto de ella*). Está un poco abatido... Regresaré en seguida... (*A Teresa y a Pepita*). Señora... Señorita... Con el permiso de ustdes. (*Saludos de cabeza*). Una hora cuando mucho...!

(*Vase por foro. Sarah queda intrigada por las palabras de Páez*).

ESCENA VII

OCAMPO — SARAH — TERESA — PEPITA

SARAH

Creo que te he hablado alguna vez de la señora... fué compañera mía de escuela... Hace muchos años que no la veo... y ahora viene a pedirme, más bien dicho, a pedirte, un servicio... que creo podrás hacerle...

(*Teresa es el tipo de mujer, a quien la miseria o la invalidez han obligado a ejercer un triste comercio, no obstante sus escasas condiciones morales para ello. Viste bien, y es todavía joven y bella aún cuando la vida que lleva comienza a dejar sus huellas indelebles en toda ella.* Pepita, *su hija, es una niña de* 14 *o* 15 *años, ingenua y pura. Viste el uniforme azul de las colegialas*).

OCAMPO

Ud. dirá, señora...

TERESA

Muchas gracias, señor... Como le ha dicho Sarah, hace muchos años que no nos vemos... Desde que abandonamos el colegio, creo... Sin embargo, yo siempre he seguido de cerca su vida... La mía me impedía acercarme a ella... hasta hoy, que la fama de sus influencias y su bondad, señor, me ha decidido a molestarlos a ella y a Vd. en favor de mi hijita...

OCAMPO

Es Vd. viuda, señora...?

TERESA

Sí... es verdad... La pobre no tiene padre... Y toda su protección y su defensa soy yo... aunque... aunque yo no lo merezca...

OCAMPO

Porque dice Vd. eso...? La madre merece siempre ese sagrado deber...

TERESA

(*Con amarga sonrisa*). Es verdad, señor... es verdad... (*Mira a Pepita como si su presencia le impidiera explicarse*). La pobre-

cita también merece..: acaso, más que yo, lo que Vd. llama sagrado deber de madre... Pero en fin... se trata, señor, de que mi niña, ha terminado los estudios elementales en el Colegio del Sagrado Corazón, donde estaba internada... En ese colegio, como en tantos otros, las niñas reciben una educación esmerada... casi perfecta... Por eso yo no me he detenido en sacrificios para costeársela, no obstante lo caro que resulta... Pero es una educación... ¡cómo diré, señor...? una eduacción especial para el matrimonio... sí... eso es...: para el hogar... pero no para la vida. El hogar no es la vida, a mi manera de ver... ni el matrimonio, a veces, tampoco...

OCAMPO

Teresa... ¿Qué ideas son esas...?

SARAH

Déjala..., Sara... Acaso la señora tenga sus razones para pensar así...

OCAMPO

Continúe usted, señora...

TERESA

Perdónenme ustedes... pero a veces no puedo disimuiar mis ideas... más bien dicho, no sé disimularlas... Decía... que esa educación es muy buena para el matrimonio, es decir, para ir al matrimonio bien preparada, como quien va a un empleo... A veces, para conseguirlo, para pescar lo que se llama un buen partido... Pero no siempre se da con él, y la gran mayoría de los casos, el matrimonio, para la pobre, para la que no tiene otra fortuna que su preparación, resulta... o un error, o una esclavitud... o un desengaño... Y entonces... lo aprendido en el colegio no sirve para nada, frente a las necesidades, exigencias y hasta crueldades de la realidad!

SARAH

Teresa...! Tan desencantada estás de tu matrimonio...?

TERESA

De él, no... Nunca esperé nada de él... Y yo sé, que por ser quien es, y por ser hija de quien es, mi pobre Pepita no puede aspirar a que el matrimonio sea la solución de su vida... su mejor destino... Por eso he resuelto que, ahora, que ha terminado sus estudios elementales en el colegio de las hermanas... continúe en otro, que no sea una fábrica, una educación más práctica, más positiva, para que algún día pueda valerse por sí misma, sin necesitar del amparo del hombre... sea marido o sea lo que sea...

OCAMPO

Me parece muy bien pensado... Pero yo... ¿en qué puedo ayudarla a realizar sus propósitos...?

TERESA

He sabido que el señor Ocampo es amigo del Secretario del Ministro... Yo quisiera sólo una carta para ese señor, a fin de que sea admitida la niña en alguna escuela profesional... pues están ocupadas ya todas las vacantes y me han fracasado las gestiones hechas para inscribirla...

OCAMPO

Con el mayor gusto, señora... Si eso es todo, no tengo ningún inconveniente... (*Toma papel y pluma*). Como es su gracia...?

TERESA

¿La mía o la de la niña...?

OCAMPO

La de usted... ¿No es preferible presentarla a usted...?

TERESA

Yo preferiría que fuese ella, señor... y perdone. Tendría más eficacia...

OCAMPO

¿Por qué...?

TERESA

Razones mías, señor...!

OCAMPO

Bien. ¿Cómo se llama la niña...?

TERESA

Josefina Gutiérrez, señor...

OCAMPO

Bien. (*Escribe*). ¿Ha rendido ya los grados elementales...?

PEPITA

Si, señor... Tengo el Diploma...

OCAMPO

Bien. (*Escribe*).

SARAH

(*Mientras escribe Ocampo*). ¿Quedaste viuda, poco tiempo después de casarte...?

TERESA

(*Con cierto misterio*). Sí... dos años después...

SARAH

(*Comprendiendo a medias*). Ah... ¿Y tus padres...?

TERESA

¡Papá murió...! Mamá, muy viejita, vive con mi cuñado en Rosario...

SARAH

Has debido trabajar, entonces, para poder vivir...?

TERESA

(*Con amargura*). Trabajar...! Sí! Sí... De todas maneras... (*Acercándose a ella y con mayor misterio aún*). La primera vez que oí a una cocotte llamar "trabajo" a su oficio, me dió risa... pero después comprendí... Todo es trabajo... (*Ante un gesto de molestia de Sarah*). Ahora soy artista...

SARAH

¿Artista...?

TERESA

Si... corista de teatro... No te alarmes... también es trabajo...

SARAH

¡Dios mío...!

TERESA

Yo nada tenía que salvar... como no fuera el hambre... pero ella... ella sí...! Yo no quiero que se repita en ella mi vida...! Y de lavandera, o costurera o criada... no es posible vivir... y educar a una hija para algo más que para criada... o lavandera...

SARAH

Pero no podías...

TERESA

Ya sé lo que vas a decirme... buscar el amparo de un hombre ¿verdad...? Es tan difícil eso... Es más fácil hallar muchos hombres que uno que pueda llamarse tal...

SARAH

¡Qué enormidad...! ¡Dios mío!

OCAMPO

(*Metiendo la carta en un sobre*). Bien; es una cartita de presentación para el secretario del Ministro. El hará lo demás... Es muy servicial y leal amigo...

TERESA

Señor... ¿Cómo podría pagarle este servicio...?

OCAMPO

Comunicándome el feliz resultado... Es todo lo que deseo...

TERESA

Bien, señor. Muchas gracias. Ya sabía yo que era usted muy bueno. (*A Pepita*). Agradece al señor su buena voluntad...

PEPITA

(*Dando la mano a Ocampo*). Muchas gracias, señor...

OCAMPO

No me las dé usted, señorita. Ojalá obtenga usted lo que desea...

TERESA

Adiós, señor... (*Saluda a Ocampo*). Adiós, Sarah... Que seas muy feliz, que lo mereces...

SARAH

Adiós, Teresa... Y no dejes de visitarme algún día...

TERESA

(*Con sorpresa*). ¿Visitarte...?

SARAH

Sí... ¿Por qué no?... Cuando gustes... Siempre soy tu amiga...

TERESA

¡Mi amiga...! Gracias, Sarah... (*Ambas mujeres se besan*). Adiós... Adiós... (*Vase conmovida por foro, llevando a Pepita y seguida de Sarah. Ocampo, de pie, detrás de la mesa, queda pensativo, mirándola*).

SARAH

(*A Pepita*). Adiós, hijita... Y que te vaya bien... Ya te veré con más frecuencia cuando estés con tu madre...

TERESA

No... Conmigo no estará... Vivirá con otra familia... pero he de hacer que venga a verte... Adiós... (*Las dos mujeres vuelven a besarse en la puerta del foro. A poco, regresa Sarah*).

ESCENA VIII

SARAH — OCAMPO

SARAH

(*Regresando, a Ocampo*). Qué caso original, ¿verdad...? ¡Pobre Teresa...!

OCAMPO

¿Por qué original, querida...? Me parece que es de lo más vulgar, por lo lógico... Una pobre mujer que, escarmentada, no quiere preparar a su hija exclusivamente para el matrimonio...

SARAH

No, no es eso lo que digo... ¿No oíste lo que hablaba conmigo...? Me dijo que era artista... corista de teatro... pero dió a entender algo peor... y luego esas reservas, cuando se refería a ella misma... Pobre muchacha... Vaya a saber qué vida hace...

OCAMPO

¡Vaya a saber...! Es el problema de la mujer... Y, precisamente, ya que la casualidad ha querido traer a colación el tema, charlemos sobre él... Ven, siéntate un rato a mi lado... Yo también vivo en estos últimos días preocupado por el problema...

SARAH

¿Tú...? ¿Y por qué...?

OCAMPO

Escúchame. (*Se sientan juntos*). Dime: ¿Tú nunca te has puesto a pensar, siquiera fuera por curiosidad, de dónde saco yo el dinero, que nos permite vivir con esta relativa comodidad... con este desahogo...?

SARAH

¿De dónde lo has de sacar? ¡De tus escritos... de tus obras, pues! Pero... ¿por qué me preguntas eso...? ¿Acaso estás quejoso de mis derroches...?

OCAMPO

No es eso, mi bien... Por el contrario: estoy agradecido, reconocido a tu despreocupación del dinero... de lo que otra mujer, acaso, haría la base de su participación en el hogar... pero por eso mismo... me preocupa pensar que pueda llegar el día en que mi trabajo, mis obras, no puedan defender ya con su producto esta situación...

SARAH

(*Alarmada*). ¿Por qué...? ¿Te sientes realmente tan enfermo, Carlos...? ¿Temes estar cansado...?

OCAMPO

No... todavía no..., pero es el caso que lo que tú crees una fuen-

te regular de recursos, permanente, en esa inconciencia lógica de toda esposa, no lo es más que en la apariencia...

SARAH

No te entiendo, Carlos... y me alarmas, por cierto... ¿qué quieres decir...?

OCAMPO

No es para alarmarte... Escúchame... Todo este dinero que tú ves que entra y se va... que gano yo con relativa facilidad, no es todo lo seguro y efectivo que tú crees... Las entradas del escritor, del comisionista, del especulador... de tanto y tanto otro medio de vida, son... ¿cómo decírtelo...? irregulares, circunstanciales... expuestas a mil contingencias... Puede ganarse mucho dinero de pronto, y de pronto también dejarse de ganar... Su aparente abundancia nos habitúa en cambio a presupuestos cada vez mayores... nos crea necesidades que, acentuándose, originan egresos crecientes, que a fuerza de tales, llegan a tener una regularidad que no tienen los ingresos... ¿Comprendes...?

SARAH

Sí... algo... pero no me explico a qué viene la disertación... querido...

OCAMPO

.. Viene a propósito de este aniversario de nuestra boda que tú has querido celebrar...

SARAH

¿Por ese pequeño gasto que he hecho... acaso...?

OCAMPO

No, mi bien, no. Dios me libre de tan mezquino motivo... Pero este aniversario de nuestra unión me recuerda nuestra sociedad conyugal. Ya sabes que así se llama al matrimonio. Y en todo contrato social, las partes deben gozar con iguales obligaciones, de idénticos derechos... En el nuestro — y en el de tanto matrimonio — tú, sólo te has reservado deberes... y me has dejado a mí en cambio, si bien deberes como los tuyos, todas las prerrogativas... Y eso ha estado mal en tí y en mí... De la misma manera que nunca te has preocupado en averiguar el origen de mis ganancias, tampoco has querido participar en su administración y conservación... y, si ahora es posible que nos veámos frente a un problema económico serio... mañana, otro día, podrias verte, — porque todo cabe dentro de lo

posible, — en la situación de esa pobre mujer que debe afrontar sola, sin defensa ni amparo; sin más capital que su educación escolar, lo que ella llamó: "la cruda realidad de la vida..." ¿Comprendes ahora, por qué me ha preocupado la visita de tu ex condiscípula...?

SARAH

Pero, entonces... ¿Tú quieres decirme que estamos abocados a alguna grave situación...? ¿Qué debes...? ¿Que no puedes ya ganar lo suficiente para llevar esta vida...?

OCAMPO

No... Todavía no... pero podría suceder... Déjame hablar... Lo estoy haciendo con absoluta serenidad, querida: ya lo ves... Y escucha: Mi padre era un hábil especulador de bolsa... Ganó mucho dinero y llegó — con el tiempo y el trabajo — a redondear una fortunita que le permitió formar un hogar con todas las apariencias de la solidez y de la dicha. Me educó dignamente y nos acostumbró a mi madre y a mí, al desahogo, por no decir a la abundancia... Pero mi madre era como tú y como casi todas las mujeres: nada más que la parte amable de aquel hogar... Mi padre en cambio, en el constante juego de los intereses, tuvo sus altas y sus bajas... y en su hábito de reponerse en una de las otras, llegó el momento en que la mala racha lo arrastró hasta arrebatarle la propia casa en que vivíamos... lo único que garantizaba la verdadera solidez del hogar levantado... Lleno de deudas y compromisos, aquel hombre, que sólo había vivido para el dinero y para lo que el dinero da, no supo o no pudo sobrellevar su derrota, y se quitó la vida, cuando le faltaron hasta los medios de adquirirlo. La ley no acuerda a la esposa derechos para detener al esposo en el uso y abuso de las prerrogativas maritales... y mi madre no fué tampoco capaz de emplear los que su previsión, o ascendiente moral le daban... Y asistió al desastre, y fué su cómplice y su víctima, con una inconciencia de mártir cristiana... Afortunadamente para ella, quedaba un hijo, yo, que pudo afrontar el problema y continuar, más o menos bien, la vida cómoda a que estábamos habituados...

SARAH

Es realmente triste todo eso, Carlos... pero no creo que nosotros, que tú, hayas llegado a esa situación...

OCAMPO

Quien sabe, mi bien... quien sabe...

SARAH

(*Echándose a sus pies*). Pero, entonces... Carlos!... Carlos!... Tú me niegas algo, me ocultas algo... y algo grave... Dime... ¿qué pasa...? ¿Acaso te has comprometido en alguna deuda seria...? ¿Temes no poder cubrir nuestros gastos...? Dímelo... Dímelo con franqueza... y yo te ayudaré a solucionar el conflicto... Yo no temo a nada... ni a la miseria...! No me importan las privaciones ni las necesidades... Economizaremos... nos reduciremos todo lo que sea preciso... ¡Dímelo...!

OCAMPO

No... nada de eso... Todavía quedan algunas esperanzas... remotas, pero esperanzas al fin... No te pongas así... Yo confío en poder capear el temporal aún... Te voy a pedir una cosa, nada más, una sola cosa... en el caso de que también fracasara el último resorte...

SARAH

¡Dí... Dímelo... sin escrúpulos... y lo haré...¡ sea lo que fuere...

OCAMPO

Bien... Escúchame... Cualquier cosa que sucediera.. nunca... atiende bien... nunca, me culparás de mala fe ni dudarás de la rectitud de mi conducta y de mis intenciones para contigo... ¿Verdad...?

SARAH

Pero, Carlos... ¿qué dices...? Es tan grave entonces lo que ocurre...? Dímelo... yo necesito, quiero saberlo...

OCAMPO

Lo es y no lo es, querida... Me he comprometido en una situación delicada... he firmado cheques en descubierto... ¿entiendes...?

SARAH

Carlos...!! ¿Y por qué...? ¿Para qué..., Dios mío...?

OCAMPO

Desgraciadamente, eso es lo que nos preguntamos siempre cuando ya nada tiene remedio... Para continuar sobrellevando esta vida, satisfaciendo estas necesidades, creadas por la abundancia y la desmedida... Por la propia confianza que abrigaba de salir del apremio como tantas otras veces... Por demasiada fe en esta posición de equlibrio en que vivimos.

SARAH

(*Abrazándose a él*). Carlos...!! ¿Y por qué no me lo has dicho antes...? ¿Por qué no has sido franco, leal conmigo...? ¡Pudimos prevenirlo... todo!!

OCAMPO

Porque nunca se prevéa las cosas cuando es necesario...

SARAH

Pero, ¿tú crees que corres algún riesgo con esos cheques...?

OCAMPO

No lo sé... pero es posible... Son dos prestamistas implacables...

SARAH

¿Y no podrías verlos, hablarlos... irte de Buenos Aires, mientras se soluciona la cuestión...?

OCAMPO

Eso pensaba hacer. Ha ido Jorge a verlos...

SARAH

¿Jorge...?

OCAMPO

Sí. ¿Por qué me lo preguntas de ese modo...?

SARAH

Por nada... pero hubiera preferido que no se enterara de nada de estas cosas...

OCAMPO

Cómo no se ha de enterar si él también es mi acreedor...

SARAH

Carlos...!

OCAMPO

Sí... sí... perdóname... pero debo mucho más de lo que tú supones...

SARAH

¿Y has podido pedirle a Jorge, también...?

OCAMPO

¿Por qué no...? ¿No es acaso, mi mejor amigo...? Habla!! ¿No debía tener confianza en quien conozco desde la niñez... en quien me presentó a tí... por quien en realidad te conocí y te amé...?

SARAH

Sí, sí... por eso mismo... (*llorando*). Por eso mismo... deberle

a él... oh... menos que a nadie... menos que a nadie...! (*Se echa en el sofá y oculta el rostro en las manos*).

OCAMPO

¿Qué quieres decir, Sarah...? ¿Por qué menos que a nadie...?

SARAH

Porque no hubiera querido deberle a él, a Jorge tan luego, ni la más mínima parte de mi felicidad, de la dicha que he vivido contigo...!!

OCAMPO

¿Por qué...? ¡Habla...!! ¿Por qué...?

SARAH

Me pretendió en un tiempo y yo lo rechacé...

OCAMPO

Te pretendió?... Lo sospechaba... lo sospechaba...

SARAH

¿Y sospechándolo, pudiste...?

OCAMPO

(*Con rara energía*). ¿Insistió en sus pretensiones después...?

SARAH

(*Dignamente*)... ¡Nunca... Ni yo se lo hubiera permitido... (*Pausa*).

OCAMPO

(*Despejándose la cabeza*). Bien; nada tiene ya remedio... Jorge es un caballero, por otra parte... Es un amigo, por sobre todas las cosas... Y merecía mi confianza como yo su abnegación...

SARAH

Carlos... Tú estás enfermo, ahora me convenzo... Necesitas un descanso... ¿Por qué no nos vamos a Montevideo... hoy, esta noche misma...?

OCAMPO

Sí... nos iremos, pero no hoy... el lunes, otro día... No te aflijas. Acaso todo esto no sea más que una tempestad en una vaso de agua... ¡Cálmate... cálmate y esperemos...!

SARAH

Dios mío... ¡Y ahora que va a venir también tu madre a cenar con nosotros...! ¡Qué fiesta vamos a tener...!

OCAMPO

¡Mi madre...!! Mira, Sarah..., por lo que más quieras... te lo ruego... te lo suplico... ¡Que mi madre no sepa una sola palabra de todo esto...!! ¿Entiendes...? ¡Que no lo sepa jamás...! que no lo adivine ni lo sospeche. Es necesario... ¿Comprendes...?

SARAH

Sí, Carlos, sí... No lo sabrá... ¡No lo sabrá nunca...!

(*Aparece Paez por foro, seguido de Sánchez*).

ESCENA IX

OCAMPO — SARAH — PAEZ — SANCHEZ

OCAMPO

(*Al verlo llegar, abatido, denunciando en todo su aspecto el fracaso de su gestión*). Jorge...!! ¿Y...? ¿Nada, verdad...? ¡Todo inútil...!

PAEZ

(*Cohibido*). No... Todavía, no...

OCAMPO

Habla, ño más, con franqueza... Sarah ya lo sabe todo... no podía ocultárselo más...

SARAH

¡Hable Vd., Jorge, por Dios...!!!

PAEZ

No hallé a ninguno de los dos... Uno se había ido anoche a Montevideo... el otro, no está en su oficina los sábados... pero, aquí, el señor... (*Por Sánchez*).

SANCHEZ

(*Tipo del ave negra, corredor de usureros*). Roberto Sánchez Bidondo... a sus órdenes...

PAEZ

Es el procurador de Levy... y tiene, con algunas noticias un consejo que darte...

OCAMPO

¿Consejos...?

SANCHEZ

No es precisamente eso, señor... Pero sí indicaciones... recursos... La lucha siempre es cuestión de recursos...

OCAMPO

Hable Vd.... pero... (*A Sarah*) haznos el favor, Sarah... unòs minutos...

SARAH

Sí... (*Vase sin decir palabra, pero observando con inquietud al desconocido*). (*Sánchez la saluda con un cabeceo al hacer mutis Sarah*).

ESCENA X

OCAMPO — SANCHEZ — PAEZ

OCAMPO

(*Inquieto*). ¿Qué indicación puede Vd. hacerme...? ¿Conoce Vd. bien... mi... mi asunto...?

SANCHEZ

(*Pachorriento. Sentándose*). Con permiso... Sí, lo conozco... Soy el procurador de Levy, de Sand, de... muchos otros... Sus dos cheques, protestados anteayer, han sido entregados ayer al Juzgado de instrucción en turno...

OCAMPO

¡Miserables...!

SANCHEZ

Prestamistas, no más, señor... ¡Prestamistas...!

OCAMPO

Y bien... ¿Cuál es su indicación...? ¿Qué consejo puede Vd. darme si es... su procurador...?

SANCHEZ

Precisamente... por ser su procurador es que puedo dárselo... ¿Cuále e piú furbo: il furbo a quel que connsce al furbo...?"

OCAMPO

Bien... ¡Hable, pues...!

SANCHEZ

Hablaré... Un clavo saca otro clavo, señor mío... y entre bobos

anda el juego... Yo puedo presentarle a un tercer prestamista... que, mediante un módico interés..., le facilitará la suma que Vd. necesita para rescatar esos cheques... mejor dicho, los rescatará él mismo...

OCAMPO

¿Ahora... que han sido entregados a la justicia...?

SANCHEZ

No olvide el señor que soy procurador y... "Suum quicque tribuere". Mi cliente fraguará una obligación con vencimiento anterior a sus cheques y a favor de Vd.... Lo levantará el lunes mismo y pagará a sus acreedores... La coartada — el alibí, como dicen los franceses, — es eficaz; su reputación quedará a salvo y el juez no podrá seguir el sumario... Y aquí paz y después gloria...

OCAMPO

¿Y su cliente podrá darme la cantidad necesaria...?

SANCHEZ

Sí, señor, y mucho más. Es capitalista de quinielas...

OCAMPO

¿Y yo quedaré siendo su deudor...?

SANCHEZ

En efecto... "Maneu dirlo", como dicen los italianos...

OCAMPO

¿Por cuanto tiempo me adelantará ese dinero...?

SANCHEZ

Por el que Vd. necesite para arreglar su situación... 30 días... 40 días, etc....

OCAMPO

¿Qué interés exigirá?

SANCHEZ

Eso es cuestión de hablar. ¿Los dos cheques suman...?

OCAMPO

18.000 pesos...!

SANCHEZ

Bien... Mi cliente se conformará con un documento suyo... por... por... 25 mil pesos...

OCAMPO

¡El 40 % por un préstamos a 30 días...!

PAEZ

¡Qué enormidad! Eso es un abuso...

SANCHEZ

Tal vez... Pero ellos le llaman un negocio... Y no olviden Vds. las circunstancias... "A grandes males, grandes remedios..." Además, mi cliente es un prestamista... y los prestamistas se vengan así del desprecio que le tienen los que les piden dinero...

OCAMPO

Bien, señor... Le ruego que no ironice... ¿Qué garantías exigirá su tercer cliente...?

SANCHEZ

Ese es otro punto delicado... Como este cliente no puede tener mayor fe en las mismas garantías que Vd. ha dado a Levy y Sand y querrá ponerse a cubierto de otros posibles cheques sin fondos...

OCAMPO

(*Furioso*) ¿Qué dice Vd....? ¿Qué burla es esa?

PAEZ

Carlos...!! Por favor... ¡Cálmate...!

SANCHEZ

Sí, señor Ocampo... Cálmese Vd. No se remediará nada con ello... Como decía... mi cliente le exigirá un recibo de depósito de esos 25.000, con la fecha que convengan...

OCAMPO

De manera que si en esa fecha yo no pagara los 25.000 pesos, su cliente me metería en la cárcel más fácilmente, por defraudación...

SANCHEZ

(*Frío*). Exactamente...

OCAMPO

Basta, señor... Basta...! Ahora me doy cuenta de todo el plan... ¡Miserables...! Para sus clientes poco puede importarles que vaya yo a la cárcel ahora o más tarde... Lo interesante es sacarme el mayor provecho posible... Un tercer socio me ofrece la oportunidad de librarme de la primera amenaza, aumentando en un 40 % mi deuda y echándome encima otra peor... Es decir: me ofrecen un mes de libertad, por 7.000 pesos más... No... No... Nunca... Hasta aquí llegué... ¡basta ahora...! Mi insensatez no llegará hasta prolongar mi martirio... Puede Vd. retirarse...

SANCHEZ

Señor... No creo haberle hecho ningún daño... Por otra parte, yo no he venido por mi cuenta... (*Disponiéndose a ir*).

OCAMPO

¡Usureros...!

SANCHEZ

Los usureros no buscan a nadie, señor... ni engañan a nadie...

OCAMPO

Fuera de aquí!... (*Quiere echarse sobre él, pero lo tiene Paez. Sánchez sale precipitadamente*).

PAEZ

Qué haces!... Déjalo!... Cálmate, Carlos...



ESCENA XI

OCAMPO — PAEZ — LUEGO, SARAH

OCAMPO

¿Y es ese el consejo...? ¿La solución que me traías...?

PAEZ

Perdóname, Carlos... pero yo ignoraba semejante propuesta...

OCAMPO

Si es como para volverse loco... ¡Miserables! ¡Cómo se ensañan... Cómo aprietan hasta estrangular...! (*Cae en un sillón, oprimiéndose la cabeza*).

SARAH

¿Qué ocurre, por Dios!... Qué ha sucedido...? ¿Por qué te pones así...?

OCAMPO

Déjame... querida, déjame... Necesito reposar un momento... despejarme un poco... (*Se incorpora, iniciando mutis por izquierda*).

SARAH

Carlos... Yo te acompaño... ¿Quieres un poco de tilo...?

OCAMPO

No... No... Déjame escribir un par de cartas... Quédate con

Jorge... unos minutos nada más... Parece que me fuera a estallar el cráneo...

(*Hace mutis por izquierda a su gabinete, oprimiéndose la cabeza*).

ESCENA XII

SARAH — PAEZ

SARAH

¿Qué ha sucedido aquí por Dios...? Dígamelo Vd. Jorge... ¿No ha sido posible solucionar la situación...?

PAEZ

No... por ahora no, Sarah... pero no hay que perder las esperanzas... Ocampo magnifica un poco las cosas por el estado nervioso en que está... pero yo creo que todavía puede hallarse remedio a todo...

SARAH

¿Y por qué no me advirtió Vd. lo que ocurría...? ¿Por qué no me avisó...?

PAEZ

Yo... ¿Cómo habría de hacerlo, Sarah...?

SARAH

Por la amistad... por la vieja amistad que nos une, Jorge...

PAEZ

Mi amistad...

SARAH

¿Por qué no me dijo que Carlos le debía... que toda esta comodidad, esta aparente dicha se la debíamos, entre otros, a Vd.... a Vd. que, acaso contribuyó a ella con la amargura, con el dolor que siempre revela en sus alusiones a mi felicidad...? ¿Por qué, Jorge...?

PAEZ

Sarah... Me acusa Vd. injustamente...

SARAH

No... No es injusticia... Vd. debió advertírmelo, en nombre de ese mismo sentimiento que finge ocultar y que cada vez denuncia

más claramente... No tiene perdón... no lo tiene... (*Se echa a llorar*). Sálvelo ahora... Haga lo posible por salvarlo... Yo se lo pido, Jorge... Soy yo quien se lo pide...

PAEZ

(*Tomándola en sus brazos*). Sí, Sarah, sí... En eso estoy... Yo quiero ayudarlo... pero mis fuerzas no me alcanzan... pero lo haré todo, lo que pueda hacer, por salvarle de este trance... por él y por usted... Pero no me acuse, no sospeche de mí... Nunca pude prever que su desequilibrio lo llevara hasta aquí...

SARAH

Gracias, Jorge... De Vd. lo espero todo, ahora... Hágalo por mi dicha... por nuestra dicha...

(*Aparece en la puerta del foro, la figura augusta, altiva, de la anciana madre de Ocampo*).

ESCENA XIII

PAEZ — SARAH — SEÑORA DE OCAMPO

SEÑORA DE OCAMPO

(*Con un gesto sorprendido y de reproche*). Buenas tardes... (*Paez saluda con una inclinación*). ¿Qué ocurre aquí...? ¿Y Carlos...? ¿Y mi hijo...?

SARAH

Está en su escritorio, señora... Parece que su enfermedad fuera agravándose... Estamos muy alarmados...

SEÑORA DE OCAMPO

¿Y lo dejan ustedes solo...? ¿Dónde está...?

SARAH

El lo pidió... quería escribir unas cartas... ¿Quiere Vd. verle...? Venga... Venga Vd... le hará bien verla....! ¡Vd. como madre podrá alentarle...!

SEÑORA DE OCAMPO

Sí... siempre será más oportuno... que quedarme aquí!...

(*Sarah escucha las punzantes palabras con un gesto de estupor*).

SARAH

Señora... ¿Qué dice Vd....?

(Interrumpe la pregunta de Sarah el estampido de un tiro por el lado izquierdo. Sensación de alarma y sorpresa muda en los tres).

SARAH

¿Qué es eso...? ¡Dios mío...! ¡Jorge....!

(Corre a la puerta de izquierda y desaparece por ella. Jorge y la señora de Ocampo la siguen).

SEÑORA DE OCAMPO

(A Jorge, con voz enérgica y angustiada a la vez). ¿Qué es lo que ocurre aquí...? ¡Hable Vd....!

Se oye un grito trágico, desgarrador, que parte el alma. Es la voz de Sarah).

¡Carlos...!! ¡Carlos...!! *(seguida de un hondo sollozo).*

(Paez y Señora de Ocampo, entran precipitadamente por izquierda).

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala de recibo, o locutorio de una casa de pensión, en el rellano de un primer piso. A foro, a la izquierda, escalera que conduce al piso superior; a la derecha, parte de la que baja a la calle. Todo el fondal representará una mampara de vidrios, a través de la cual se verán en determinado momento las luces de las casas del frente. A los costados, puertas de las habitaciones. Las dos de derecha pertenecen a las que ocupan Sarah, su madre y su hermana. Han transcurrido varios meses desde los acontecimientos del primer acto. Es una tarde de verano, casi al obscurecer. Moblaje modesto, plantas, alguna mesita, etc.

ESCENA I

SEÑORA DE OCAMPO — MISIA DOLORES

(Al levantarse el telón, aparecen la Señora de Ocampo, sentada, aguardando a Misia Dolores. Observa con curiosidad todos los detalles de la casa. De cuando en cuando, y para completar la sensación del ambiente, pasarán una criada, un mozo de almacén o cualquier otra persona, derecha a izquierda, o viceversa, saliendo o desapareciendo por las escaleras. A poco sale de derecha Misia Dolores, *modestamente vestida de entrecasa.*

MISIA DOLORES

¡Señora de Ocampo...! ¿Vd. por aquí...? ¡Qué sorpresa!

SEÑORA DE OCAMPO

(*Muy seca, pero dentro de cierta dignidad*). Buenas tardes... (*La saluda fríamente*). Sí... Como hace ya más de un mes que no veo... a su hija... y no la encontré hoy tampoco en el Sanatorio, a pesar de ser día de visita, resolví venir a enterarme de lo que pueda ocurrir...

MISIA DOLORES

¿Viene Vd. del Sanatorio...?

SEÑORA DE OCAMPO

Sí... de allá vengo...

MISIA DOLORES

Pues Sarah ha ido para allá con Juanita... Se han cruzado ustedes, sin duda... Sarah va, no sólo los días de visita, sino siempre que puede y cuando le permiten ver a Carlos... Hoy le comunicaron que había sufrido una crisis... y se fué volando....

SEÑORA DE OCAMPO

Precisamente, por eso mismo me sorprendió más aún, no hallarla allá... A mí no me dejaron verlo... Y pensé que ella... que Sarah, podría conseguir lo que yo, su madre, no he logrado...

MISIA DOLORES

No dejarán que lo vea nadie, señora, por su propia tranquilidad... A Sarah también le ha ocurrido eso varias veces... Sufre de frecuentes ataques, Carlos...

SEÑORA DE OCAMPO

(*Irónica*). No se habrá chasqueado muchas veces... su hija... si se preocupa de ir, como hoy...

MISIA DOLORES

¡Señora...! ¿Qué quiere Vd. decir...? ¡Juzga Vd. muy mal a mi hija...!

SEÑORA DE OCAMPO

No... ¡Quiero mucho a mi hijo...!

MISIA DOLORES

Eso no puede darle motivos para pensar que su esposa no lo quiera... Sarah vive atormentada por la desgracia del pobre Carlos... ¡Y solo Dios sabe cuánto la ha pagado ella con su soledad y su dolor...!

SEÑORA DE OCAMPO

Hay cosas que no se pagan con nada... ni con la vida misma...

MISIA DOLORES

¡Señora...! ¿Qué es lo que Vd. quiere decir...? ¿Ha venido Vd. a reprochar algo a mi hija...? ¿Tiene Vd. algo de qué acusarla...? Porque sus palabras...

SEÑORA DE OCAMPO

No se alarme Vd.... Lo que yo pueda o tenga que decirle a su hija, no es Vd. quien deba transmitírselo... De modo que estaría de más todo exceso de palabras... He venido, siemplemente, a cerciorarme de si es verdad lo que hace tanto tiempo sospecho... Pero no es esta la ocasión de aclararlo... (*Se dispone a marchar*).

MISIA DOLORES

No... No, señora... Vd. debe hablar... tiene que aclarar sus palabras... decir qué es lo que sospecha... Si como madre de él se cree con derecho a acusarla de algo, yo como madre de ella, me creo en el deber de defenderla... Diga, hable Vd....

SEÑORA DE OCAMPO

(*Despectivamente*). Estamos en muy distinto plano...

MISIA DOLORES

No... Estamos en el mismo, señora... ¡Soy tan madre como Vd...!

SEÑORA DE OCAMPO

Y bien... ya que quiere Vd. saberlo... y aunque sea muy poco oportuna la circunstancia... diga Vd.... ¿Por qué intentó matarse mi hijo...?

MISIA DOLORES

(*Queda abrumada por la terrible pregunta*). ¿Qué quiere Vd. decir...? ¿Qué sospecha Vd....?

SEÑORA DE OCAMPO

Conteste Vd..... ya que es *tan madre como yo*... ¿Por qué intentó matarse mi hijo... el mismo día que celebraba el cumpleaños de su boda... mientras su hija y ese amigo de ustedes, eran sorprendidos por mí, ¿entiende Vd? por mí, en una situación equívoca...? Dígalo Vd.... ¿Por qué...?

MISIA DOLORES

Dios mío... Vd. Calumnia a Sarah...

SEÑORA DE OCAMPO

Defiendo a Carlos, le he dicho. Pero conteste Vd!

MISIA DOLORES

Su hijo estaba enfermo ya... Su excesivo trabajo, sus deudas, sus compromisos, agravaron su mal... Y Dios o el Destino lo quisieron...

SEÑORA DE OCAMPO

Sí... Culpe Vd. al Destino... que eso es muy cómodo... ¿Por qué trabajaba con exceso mi hijo? ¿Por qué contraía deudas...? ¿Por qué la amargura desbordó en su corazón...? Pregúnteselo Vd. a su hija... pregúnteselo Vd. a su amigo, a ese amigo de ustedes, cuya protección sigue amparándolas... en esta casa de pensión... Y tal vez ellos puedan darle una explicación más clara de mis sospechas...

MISIA DOLORES

¡Oh, Dios mío...! ¡Qué calumnia...! A Vd. la ciega su egoísmo de madre...

SEÑORA DE OCAMPO

Y a Vd. su tolerancia de madre...

MISIA DOLORES

(*Enérgica*). ¿Qué dice Vd....?

SEÑORA DE OCAMPO

Hemos terminado, señora... No he venido a discutir con Vd... Me amargó profundamente saber a mi hijo presa de una nueva crisis y que no estuviera a su lado quien tiene la mayor responsabilidad. Y quise comprobar por mí misma los deberes que la relevaran de esa obligación... Y me basta con lo que veo... ¡En la casa de pensión tampoco está...!

MISIA DOLORES

Vd. se olvida, señora, que su hijo dejó a mi Sarah en el mayor desamparo...

SEÑORA DE OCAMPO

Después que su Sarah llevó a la peor miseria a mi hijo...

MISIA DOLORES

No... No... La miseria era de los dos... de todos... la nuestra más humilde... tal vez .. pero la de Vd., la de Carlos, la miseria brillante que se apaga fácil...

SEÑORA DE OCAMPO

¿Quién habla de miserias...? ¿Qué trajeron ustedes... sino vanidades, ansias de ser, de aparentar, lo que no eran...?

MISIA DOLORES

¿Y qué trajeron ustedes... sino deudas...bambolla pura...?

SEÑORA DE OCAMPO

Basta... Diga Vd. a su hija que a pesar de la responsabilidad en que la creo... y no obstante la situación en que me ha dejado la desgracia de Carlos, no me complicaré con ella, recibiendo de sus manos un solo socorro... Y que si quiere Dios que mi hijo vuelva un día a su hogar, habrá llegado el momento en que yo salde cuentas con ella...

MISIA DOLORES

¡Vd. no sabe lo que dice...!

SEÑORA DE OCAMPO

¡Y Vd. no quiere decir lo que sabe...!

MISIA DOLORES

¡Ella es mi hija...!

SEÑORA DE OCAMPO

¡El es mi hijo...!

(Vase dignamente por foro, derecha. Dolores queda un instante muda de estupor, luego, con una exclamación, se echa a llorar).

MISIA DOLORES

¡Dios mío...!

(Rompe en llanto, mientras inicia el mutis por la derecha).

ESCENA II

DOLORES — FERNANDEZ — Dr. CASTRO

FERNANDEZ

(Entrando por la escalera de derecha, seguido de Castro). Señora Dolores...

MISIA DOLORES

Señor Fernández *(enjugándose los ojos)*. Doctor! *(Los saluda).*

FERNANDEZ

¿Qué le pasa a usted señora?

MISIA DOLORES

Nada. Nada... señor Fernández... Tomen asiento. ¿Han ido ustedes al Sanatorio?

DOCTOR CASTRO

De allá venimos, señora.

MISIA DOLORES

¿Y no han visto a Sarah?

FERNANDEZ

No... Nos dijeron que acababa de retirarse con su hermanita. El pobre Carlos ha sufrido una nueva crisis, y lo han aislado, no permitiendo verlo a nadie... Al entrar aquí nos encontramos en la escalera con la señora de Ocampo que tampoco pudo verlo.

MISIA DOLORES

Si. Estuvo conmigo... ¿No han visto ustedes a... al señor Páez?

FERNANDEZ

No. Creímos encontrarle aquí...

MISIA DOLORES

¿Aquí?... ¿Y por qué, precisamente aquí?

DOCTOR CASTRO

Porque suponíamos a la señora Sarah de regreso... y, como es lógico, que Páez hubiera venido en busca de noticias de su amigo...

MISIA DOLORES

(Con cierto embarazo). El señor Páez viene muy poco por aquí... Algunas veces pregunta por teléfono por la salud de Carlos... y en el sanatorio suele encontrarse con Sarah, los días de visita...

FERNANDEZ

La señora madre de Carlos estará alarmada, ¿verdad?

MISIA DOLORES

¿Alarmada de qué?

FERNANDEZ

De esta nueva crisis sufrida por su hijo...

MISIA DOLORES

Si... sin duda... Vino a ver a Sarah, porque tampoco la encontró en el Sanatorio... pero la buena señora más que dolorida por la desgracia de su hijo, parece dominada por extrañas preocupaciones... Y a propósito, doctor. Usted que fué el médico de Carlos... ¿Por qué supone usted que intentó matarse él...? ¿Era en efecto tan grave su enfermedad que pudo transtornarle el equilibrio mental, llevándolo a ese estado?

DOCTOR CASTRO

Señora. Nunca es posible saber cuál es el verdadero proceso íntimo de los suicidios... Hay quien cree ver en los suicidios verdaderos problemas de determinismo moral, psicológico... En el caso de su yerno nada explica la extraña resolución... pero su estado, cuando atentó contra su vida, era realmente delicado... El exceso de trabajo le había llevado a un extremo alarmante de debilidad mental y para mí esa fué la verdadera causa.

MISIA DOLORES

¿No cree usted que pudo ser algún dolor moral, algún disgusto?

FERNANDEZ

Nosotros supusimos siempre que tal vez hayan influído en ello, ciertos detalles de carácter económico.

DOCTOR CASTRO

En realidad, señora, todo eso pudo ser la causa, como pudo no haberlo sido nada de eso.... En su estado nervioso se magnifican las cosas, y un disgustillo resulta una tragedia... un obstáculo cualquiera una montaña... Esa es la verdad... La prueba la tiene usted en que, extraída la bala y libre de toda complicación clínica... no ha desaparecido, por el contrario, parece haberse pronunciado su debilidad mental... neurastenia la llamamos nosotros. De manera que es inútil ponerse a investigar las causas del suicidio, conociendo la enfermedad que padecía...

FERNANDEZ

Así es, en efecto... ¿Y sabe usted, señora, si quedaron resueltas las cosas que dejó pendientes?

MISIA DOLORES

Esto se lo demostrará, Fernández. (*Por lo que los rodea*). Sarah ha debido reducirse a vivir en esta casa de pensión conmigo, para desprenderse de todo aquello que podía contribuir a esa solución... a pagar sus deudas... a mantenernos decorosamente... Por otra parte, el señor Páez, que era tan amigo suyo, se encargó de sus asuntos... de lo que le estamos profundamente agradecidas... Sarah quería emplearse, pero, ¿en qué? Dios mío... ¿en qué, que pudiera ganar lo necesario para tanta obligación? Algunos trabajos que hace, lecciones que da, apenas si le producen para la pensión... ¡Y la madre de Carlos parece todavía querer reprocharle su poca ayuda... (Casi llorando). Dios mío... Si el trabajo de Carlos era

la única fuente de recursos de todas nosotras... de todas nosotras...!

(Aparecen Sarah y Juanita por la escalera de derecha. Visten más modestamente que en el acto anterior. Trajes de calle).

ESCENA III

M. DOLORES — FERNANDEZ — Dr. CASTRO — SARAH — JUANITA

SARAH

(*Entrando*). ¡Fernández! ¡Doctor! (*Saluda*).

FERNANDEZ

Señora.

DOCTOR CASTRO

Cómo está usted?...

SARAH

Vengo desesperada... Me dijeron en el Sanatorio que habían estado ustedes... ¿Qué pasa, Dios mío? Dígamelo usted, doctor... ¿Son tan graves esos ataques que no pueda ver ni a su esposa? Dígamelo usted, doctor. Con franqueza... Sería para mí menos martirio que esta constante incertidumbre...

DOCTOR CASTRO

No se alarme usted, señora... Yo he hablado esta tarde con el Director, el doctor Sáenz, y, créame usted, él no considera graves esas crisis. Adopta estas medidas, un poco duras al parecer para sus amigos, pero benéficas para el enfermo. Carlos sufre de frecuentes depresiones morales, y de ahí que necesite, que exija el tratamiento un reposo y un aislamiento total... Pero para el doctor Sáenz el mejor síntoma es precisamente la calma que experimenta Carlos después de estos días de reclusión, diríamos...

SARAH

Pero, para mí es desesperante, doctor. No hablarle... no poder verle.

FERNANDEZ

Debo advertirle, Sarah, que no han permitido verle ni a su misma señora madre.

SARAH

Si. Así me lo dijeron... Y la pobre señora se habrá ido desconsolada, sin duda... Yo no la encontré.

MISIA DOLORES

Estuvo aquí...

SARAH

¿Aquí? Es la primera vez que viene.

MISIA DOLORES

Si... y por cierto que la buena señora no sabe ya ni lo que dice, en su desesperación...

SARAH

¿Por qué? ¿Ha manifestado algo...? ¿se ha quejado de algo?

MISIA DOLORES

No... Digo no más... por el estado de ánimo en que parece vivir...

SARAH

También... no es para tranquilizar a nadie la situación en que la ha dejado la desgracia... Carlos era su único sostén... como era el nuestro... Y yo... ¿qué puedo hacer yo por ayudarla? Apenas podemos sostenernos con mamá... y ésta. (*Por Juanita*).

FERNANDEZ

Apropósito, señora. Nuestra visita tiene algo que ver con todo eso... y usted nos perdonará que mezclemos las cosas puramente materiales con las de orden moral... Pero en la tierra vivimos...

SARAH

¿Qué dice usted, Fernández?

FERNANDEZ

Con el doctor Castro hemos intentado organizar entre los amigos de Carlos una contribución.

SARAH

¿Una subscripción? ¡Oh!

DOCTOR CASTRO

No, no, señora. No es una subscripción. Una contribución ha dicho Fernández y ha dicho bien...

SARAH

Que viene a ser lo mismo.

DOCTOR CASTRO

No, señora. Carlos tenía muchos amigos que le debían servicios

y atenciones... Empresas que han ganado mucho con él... Diarios que se han prestigiado con su firma... Ayudarle en estas circunstancias no es hacerle caridad sino devolverle gratitud. Y eso es lo que hemos intentado con Fernández realizar... pero...

SARAH

¿Han fracasado ustedes?

FERNANDEZ

No totalmente, Sarah... Para no fracasar, precisamente, es que hemos querido, ante todo, saber a ciencia cierta cuál era la verdadera situación de Carlos en estos momentos. Es decir: qué deudas tiene aún pendientes, cuántos meses de pensión debe en el Sanatorio... que otras necesidades urgentes habría que satisfacer.

SARAH

Fernández... francamente... yo ignoro todo eso... Páez es la única persona que conoce todos esos detalles y él solo quiso hacerse cargo de ello... pero, tenía entendido que en el Sanatorio no había que pensar por la amistad de Carlos con el Director... y que las deudas, después de lo ocurrido...

FERNANDEZ

¡Oh, señora...! Perdóneme usted mi ruda franqueza... pero las deudas siguen siendo deudas... y el Sanatorio, a pesar de esa amistad debe pagarse, si no queremos que esa amistad se canse algún día... porque todo es susceptible de cansancio sobre la tierra, señora...

SARAH

Me alarma usted, Fernández...

FERNANDEZ

Tranquilícese usted, Sarah... Es indispensable...

DOCTOR CASTRO

Tenemos entendido que hasta ahora ha cargado con la pensión de Carlos y aun con sus deudas, nuestro amigo Páez, pero como no es posible...

SARAH

¿Páez?... ¿Que Páez ha cargado con la pensión y con las deudas dice usted?

DOCTOR CASTRO

Así es, en efecto. Por lo menos eso es lo que se nos ha informado...

SARAH

¡Oh... Esto es demasiado! Yo lo ignoraba en absoluto... Es una iniquidad... El pobre Jorge no puede, no debe ser la víctima... Ya me lo imaginaba, lo sospechaba... pero él me lo negó siempre... nunca quiso decírmelo... Por favor, doctor... por favor Fernández, impidan ustedes ese sacrificio. Yo ignoro lo que ustedes me preguntan... pero será necesario hacérselo confesar a Paez...

FERNANDEZ

Bien, señora. No se apene usted más... Nosotros, francamente, no suponíamos que usted se hallara en este desconocimiento de las cosas... pero hablaremos con Páez... y se aclarará todo...

SARAH

Es una iniquidad... un verdadero abuso... Y yo, todavía, he aceptado atenciones de Jorge, servicios que acaso venían a aumentar sus sacrificios... Oh! Esto no puede seguir así... no puede seguir, mamá...

MISIA DOLORES

¿Y qué vas a hacer, hija mía...!

SARAH

No lo sé, no lo sé... pero yo no puedo continuar perjudicando a ese hombre.... Nos meteremos en una pieza... me emplearé aunque sea de costurera... se empleará Juanita... y viviremos como podamos... pero seré yo, yo quien cuide de la salud de Carlos, de nuestras necesidades... y si es posible, de sus compromisos...

FERNANDEZ

No, señora, no... Usted no debe hacer eso... porque sería inútil. Es demasiado esfuerzo para usted... y demasiado tarde para ensayarlo... y perdone. Deje usted por nuestra cuenta el cuidado de Ocampo. Entre todos, no será sacrificio para nadie y es un deber para cada uno. En cuanto a usted y a la mamá de Carlos, se verá la mejor forma de solucionar el problema decorosamente...

SARAH

Si... con la caridad ajena...

DOCTOR CASTRO

No, señora. No hemos pensado nunca en semejante cosa...

SARAH

Mamá... mamá... ¡Qué desgraciadas somos...!



MISIA DOLORES

Pero, hija... ¡Que remedio podemos oponerle al mal, ahora...

SARAH

Y lo peor... lo más terrible es esta esperanza... esta ilusión de que vuelva, de que retorne Carlos... porque prolonga indefinidamente una situación indecisa, oscura, que no se resuelve por nada. Sería preferible mil veces...

MISIA DOLORES

(*Abrazándola*). ¡Qué vas a decir, hija mía!... Es la vida...!

FERNANDEZ

Tranquilícese usted señora. Yo lamento haberla afligido con mi inconsciente revelación... pero estaba muy lejos de sospechar que usted la ignoraba...

SARAH

¡Cómo pudo usted suponer que la conocía!...

DOCTOR CASTRO

Bien, señora. Le prometemos conversar con Páez y arribar con él a una solución decorosa. Para algo nos hemos de llamar amigos los hombres... Es demasiado caballero Páez para considerar sacrificio lo que es leal prueba de su amistad para con Carlos... y si nos permite usted, señora, nos creemos en igual situación...

SARAH

Si... si... pero yo no puedo aceptarla...

FERNANDEZ

Cálmese usted... Sarah. Iremos a ver a Jorge... y todo se solventará como es de desear.. Tranquilícela, usted, señora. (*A M. Dolores*). Nos explicamos su dolor... y haremos lo que esté en nosotros por evitarlo... Vamos, doctor...

DOCTOR CASTRO

Confíe en nosotros, señora... y aleje todo escrúpulo... considere que somos amigos...

SARAH

Muchas gracias... Adiós doctor... Adiós Fernández... (Se echa *en una silla abrumada. Vánse Fernández y Castro, en actitud de profundo abatimiento*).

ESCENA IV

M. DOLORES — SARAH — JUANITA

SARAH

Que vergüenza, mamá... que iniquidad...

MISIA DOLORES

¡Hija mía!... Cálmate, por Dios, Cálmate... (*Un instante de pausa*).

JUANITA

¿Por qué te pones así, Sarah...?

SARAH

(*Tierna*). Hermanita... Quiera Dios que no te toque nunca mi suerte...!

JUANITA

¿Por qué dices eso, Sarah...?

MISIA DOLORES

(*A Juanita*). Vete adentro, hijita. Yo quiero hablar con Sarah... Vete. Que la afliges más... (*Juanita obedece y marca el mutis*).

JUANITA

Que no se ponga así, mamá... Que me da mucha pena...

MISIA DOLORES

Si, hijita, si... ¡Déjame con ella...!

(*Mutis derecha de Juanita*).

ESCENA V

M. DOLORES — SARAH

MISIA DOLORES

(*Cuando se ha ido Juanita*). Pero, hijita!... Dime... Entonces, ¿es verdad que ignorabas todo eso?

SARAH

(*Sorprendida*). ¿Qué cosa, mamá?

MISIA DOLORES

Que Jorge era quien pagaba la pensión de Carlos... y sus deudas?

SARAH

¡Y cómo había de saberlo, mamá? ¿Por qué había de saberlo?

MISIA DOLORES

Por nada, hijita... pero las palabras de esa señora... de la madre de Carlos, me han dejado profundamente amargada...

SARAH

¿Qué dice usted, mamá? ¿Qué ha podido decirle esa señora?

MISIA DOLORES

Esa señora sabe, sin duda, lo que estos amigos de Carlos nos acaban de decir... y atribuye a otras razones, a otras quien sabe qué causas, la bondad de Páez... Oh, Dios mío... ¡qué infamia!

SARAH

¡Mamá...! ¿Qué dice usted? ¿Se ha atrevido esa señora a sospechar de mí, de Jorge? ¿A murmurar todavía de lo único que me resta, mi decoro?

MISIA DOLORES

No lo ha dicho claramente, hijita... pero lo ha insinuado... Sospecha que el suicidio de Carlos fué provocado por alguna triste desilusión de ti... de su amigo... ¡vaya a saber! Y la han confirmado en sus sospechas, sin duda, las noticias que haya tenido de la ayuda de Jorge...

SARAH

¡Oh... Eso es demasiado ya! ¡Su propia madre!... ¡Oh! No. No. No. No lo he de tolerar más... ¿Y usted... usted también llegó a creer...?

MISIA DOLORES

Yo no, hijita... yo no puedo dudar de ti. Le contesté como debía contestarle... pero, en verdad, no podía menos que desconcertarme su actitud acusadora... y la misma certeza que yo tenía de que vivimos, se puede decir, de la protección de Jorge...

SARAH

Que no se pueda recibir la ayuda de un hombre... que no se pueda merecer la amistad de un hombre, sin que la suspicacia o la calumnia nos babosée con sus sospechas! ¡Oh!... Es muy triste ser mujer...

MISIA DOLORES

Hiijta, no te pongas así. Todas hemos pasado y pasamos por la misma situación... ¿Para qué otra cosa nos crían, nos educan, sino

para el placer y la dominación del hombre?... ¿Para qué otra cosa se acerca el hombre a la mujer, y que otra cosa ve en ella que no sea eso, el instrumento de su sensualismo o de su propiedad? ¿Qué quieres tú que piense la gente sino lo que está habituada a ver y lo único que es capaz de comprender...!

SARAH

Pero nos exigen luego pudor, virtud, castidad, continencia, fidelidad, ¿por qué? ¿Para qué? Si somos hechas para eso... si no hemos de poder vivir sin eso... ¿Con qué derecho, entonces, se nos puede reprochar o acusar porque caigamos en lo mismo a que se nos empuja? ¿Para qué habremos de afrontar la miseria, el dolor, el sacrificio, que se nos imponen, si cuando no lo merece nuestra inconducta lo crea la suspicacia ajena?... Oh... Estoy cansada, harta, mamá, de tanta esclavitud...

MISIA DOLORES

Hijita... Acuérdate de que eres mujer...

SARAH

Por que lo recuerdo es que me revelo. No hay derecho, no hay derecho, mamá, a exigirnos todo, cuando no se nos concede nada!...

MISIA DOLORES

(*Al ver aparecer a Teresa por la escalera de derecha*). Cállate, por Dios, hijita... que viene esa mujer...

SARAH

Vaya... Váyase usted, mamá...

TERESA

Buenas tardes...

MISIA DOLORES

Buenas tardes. Con permiso. (*Vase*).

SARAH

Buenas tardes, Teresa... (*Se compone un poco, después del estallido nervioso*).

ESCENA VI

SARAH — TERESA

TERESA

(*Después de una pausa en la que observa a Sarah y parece darse*

cuenta de que allí acaba de pasar algo). Hijita... Por lo visto... sigues atormentándote la vida... ¿Has tenido algún nuevo disgusto? ¿Cómo sigue tu esposo?

SARAH

Lo mismo, Teresa... lo mismo. Hoy sufrió otra crisis... Eso es todo... Siéntate, si quieres...

TERESA

No... Vengo a cambiarme... para volver a salir... ¿No ves? Se aproxima la noche... La noche...

SARAH

No me hables así, Teresa, por Dios! Ya te lo he dicho... Me desconcierta esa amargura, esa crudeza con que siempre hablas de... eso...!

TERESA

Vaya... ¿Todavía insistes en no querer mirar las cosas de frente?... Cuánta mujer, cuánta cantidad de víctima hay en tí, pobre Sarah... Créeme que te envidio tu resignación... tu abnegación, mejor dicho, a seguir siendo lo que acaso en tu interior te rebelas a ser!

SARAH

Qué! ¿Pretenderías que hiciera como tú? (*Con tono de reproche*). Teresa!... No somos iguales...

TERESA

(*Irónica*). Ya lo creo que no lo somos...! Mira, hijita... Cuando te quedaste sin marido... sin el apoyo del hombre, para el que toda mujer es cultivada... Cuando ya no podías, con decoro o sin él, mantenerte en un sistema de vida que no había podido conservar tu marido, te aconsejé que vinieras aquí, a la casa de pensión que reune a todos los que no tienen hogar propio, sabiendo de antemano que no había pasta en ti, ni para aquella situación ni para esta tampoco... La Casa de Pensión es la "tierra de nadie" que dicen en la guerra... El intermedio entre una trinchera y la otra... Las que venimos a ella, como los soldados entre dos fuegos, no podemos andar con contemplaciones, con todas esas cosas que la mujer tiene para querer engañar a los demás y para engañarse a sí misma... El "camouflage" de la virtud, de la moral... ¡No, hijita...! Aquí hay que salvar el pellejo o morir... y lo que es peor, morir de hambre, sin gloria, sin honores, sin figurar en la "orden del día"...

SARAH

Y sábiendo eso... me trajiste aquí... me aconsejaste venir aquí...?

TERESA

Si... por que tú querías "valerte a tí misma"... Sin el amparo de tu marido legal... no podías defenderte con el amparo de otro que no lo fuera... porque te lo prohibía tu dignidad. Ya ves lo que da eso. El problema cambia de aspecto pero no modifica las dificultades... Sigues siendo la mujer que no puede vivir sola... sin perjuicio de su reputación o de su estómago... Están demasiado ligados esos dos términos en la moral social para pretender separarlos a pura buena intención.

SARAH

Eres de un cinismo increíble, Teresa.

TERESA

No, Sarah... Soy de una comprensión meridiana. Yo también, educada como tú, de tu mismo origen, tuve también tus mismas ilusiones. Fuí la hija, la esposa, y la madre, cuando todavía no sabía lo que era ser mujer. Pero cuando ví clara, inconfundiblemente, que antes estaba el sexo que la misión, me dí cuenta exacta de la falsedad de mi situación. No me habían criado más que para ser la mujer de un hombre/.. que es lo mismo que criarla a una para ser la mujer de muchos...

SARAH

¡Teresa...!

TERESA

Porque el hombre, y lo que es peor, la misma mujer, no ve en ella otra cualidad... A lo que ha nacido "cosa", "objeto" de propiedad, sin vida propia, ni albedrío propio, lo mismo le da ser pertenencia de uno, que propiedad de otro... Lo triste está en que siendo eso pretendamos creer que no lo somos. Y lo injusto está en que criándonos para eso se nos quiera imponer lo contrario...

SARAH

Basta, Teresa, basta... ¿Qué quieres de mí? ¿Pretendes acaso que siga tu ejemplo?

TERESA

No. Si es lo que menos nos importa a las mujeres de mi clase, el ofrecernos como modelos... Solo quiero justificarme ante tí... por que, en verdad, para mí tú eres un consuelo... Te lo he dicho:

yo he sido como tú. Tenía que vivir del hombre para cuidar mi reputación. Luego, cuando me faltó, no ví más que enemigos de ella en el deseo de todos. En la calle, en el taller, en la oficina. Pero mi reputación ni se defendía ni se alimentaba... Y bien — me dije —, ya que lo quieren, será! Y tuve que vender mi reputación, antes de perderla gratis. Ahora, nada me importa por que ya estoy en la "tierra de nadie". Solo me preocupa una cosa... que no se repita en mi hija mi propia tragedia. Esa será mi mejor disculpa y mi única compensación... (*Sarah se sienta ocultando el rostro entre las manos*). Pobre Sarah!... ¡Cuántas veces me ha dado pudor, vergüenza, llamarte amiga. Ahora, en cambio, no se por qué, igualada a tí por la misma tristeza, me dan ganas de llamarte hermana...

(*Sarah la contempla con gesto absorto, entre sorprendida e indignada. Teresa se asoma al fondo, o a la escalera y dice*).

Mira, mira un poco a la calle, verás cuántas andan... Salen con las primeras sombras, como los murciélagos... que por un error de la naturaleza han nacido también con alas y no pueden volar al sol... ¿Tú crees que los murciélagos son más malos o menos inocentes que las palomas?...

SARAH

Vete, vete! Déjame en paz... Me haces daño... Vete!...

(*Aparece en la puerta de la escalera derecha Páez, que al verlas queda un instante contemplándolas*).

ESCENA VII

SARAH — TERESA — PAEZ

PAEZ

(*Con ternura*). Sarah!... ¿Qué tiene usted? ¿Sufre usted?

SARAH

Jorge...! Usted! (*Se incorpora tratando de disimular su aflicción*).

TERESA

Caballero... (*Le saluda con un gesto*).

PAEZ

¿Lloraba usted, Sarah...?

SARAH

No... es que... me aflije tanto el estado de Carlos...

TERESA

La pobrecita no puede resignarse a su pena... Yo trataba de alentarla..., pero las mujeres no nos sabemos consolar a nosotras mismas... La dejo con usted, señor.... Con permiso. Hasta luego, Sarah... y ya lo sabes: Nunca es tan grande nuestra pena como nosotros queremos que sea... Caballero... (*Saluda y vase por la escalera de izquierda. Antes de hacer el mutis, observa a la pareja y hace un gesto de comprensión como diciendo: "Siempre lo mismo"*).

ESCENA VIII

SARAH — PAEZ

PAEZ

¿Está usted alarmada por la nueva crisis de Carlos?

SARAH

Si, Jorge. ¿Cómo no ha de alarmarme? Ocho meses ya, sin que la enfermedad se resuelva por nada... con estos ataques frecuentes, con esta incertidumbre que no acaba, con esta situación...

PAEZ

Eso mismo — ya se lo he dicho, Sarah — debe darle fuerzas para la resignación. El tiempo no pasa en vano... Si, desgraciadamente, todos nos hemos equivocado y la enfermedad de Carlos, agravada por su tentativa de suicidio, es más larga y penosa de lo que esperábamos, es hora ya de afrontar la fatalidad con un poco más de serenidad, de buen sentido, Sarah. Nada se remedia con aumentar su desconsuelo con su propia desesperanza. Y, en cuanto a las consecuencias, no tiene usted nada que temer... se lo repito... Como se han resuelto hasta ahora... se seguirán resolviendo...

SARAH

Pues es eso, precisamente, eso, lo que me atormenta, Jorge... Yo no quiero, entiéndalo usted, yo no quiero que siga siendo usted la víctima, la única víctima de esta tragedia...

PAEZ

¿Qué dice usted, Sarah? ¿Quién le ha hecho creer a usted eso?

SARAH

Los hechos, Jorge... Acabo de enterarme que usted ha cargado con la responsabilidad de algunas de las deudas de Carlos... que paga usted su pensión en el Sanatorio... que... que...

PAEZ

Pero, Sarah...! ¿Me va usted a reprochar eso? ¿Acaso, como amigo de Carlos, no tengo el derecho — el deber, diría — de ayudarle en la desgracia, pudiendo hacerlo?... Ya me lo devolverá Carlos cuando pueda o llegue el momento...

SARAH

No, no. Usted sabe que no podrá devolvérselo nunca... Usted sabe que no podremos pagárselo jamás... Ah, Jorge... Usted no puede imaginarse toda la amargura, toda la tristeza que me ha producido esa noticia.., Y todavía yo, recibiendo, aceptando su ayuda, como una carga más... ¡Qué vergüenza, qué pena, Dios mío!

PAEZ

Usted me está ofendiendo, Sarah... Usted está atribuyendo a mi mezquina intervención, puramente amiga, en esto que usted llama su tragedia, quién sabe qué propósitos o quién sabe qué ideas. Y eso no es justo ni lo merezco yo.

SARAH

No, no le atribuyo nada, Jorge... pero no puedo, no puedo eludir el escrúpulo de conciencia que ahora, que siempre, remorderá mi alma. Yo sé por qué usted hace todo esto... ¡oh, yo lo sé!...

PAEZ

¡Sarah!...

SARAH

Sí. No es una acusación... Su sacrificio de ahora, de antes, es la consecuencia de un sentimiento demasiado noble para ser reprobable, pero demasiado humano para no ser sospechoso...

PAEZ

¡Sarah!... Nada he hecho que pueda hacerle animar sospechas contra la pureza, la dignidad de mis sentimientos.

SARAH

¿Por qué entonces, insiste usted en sacrificarse por mí, por Carlos... si no tiene recuerdos... o no tiene esperanzas?...

PAEZ

Porque él es, era mi amigo. Porque usted me lo pidió.

SARAH

Yo le pedí que salvara a Carlos, cuando creía que aun se le podía salvar... pero no que cargara usted con la responsabilidad de su desgracia o de sus errores o de los míos, cuando ya no hay remedio... Haciéndolo, insistiendo en hacerlo, usted es para mí un constante reproche, una acusación permanente, una amarga queja, de todo el mal que pude inconscientemente haberle hecho, cuando no supe comprenderlo, o cuando el Destino no quiso que lo comprendiera... Oh! Que cruelmente, que duramente, se venga usted, Jorge...

PAEZ

No. No diga usted eso, Sarah. No es mi venganza ni mi despecho... Usted sabe ya que yo la amé... lo comprende ahora demasiado para que insista en demostrárselo... Cuando llevé a mi amigo, a mi hermano casi, a su presencia, orgulloso de él y de usted, lleno de vanidad por la amistad de uno y la esperanza de la otra, no podía sospechar que laboraba mi propia desdicha... Usted le prefirió a él... su rechazo fué para mí una condena de tristeza a perpetuidad... pero la tristeza no es nunca perversa ni negativa... Y en el silencio de mi melancolía, en la altivez de mi resignación yo seguía siendo el amigo de él... el esclavo de usted... Perdóneme... perdóneme... pero jamás hubiera hecho esta confesión, si este instante, si estas circunstancias, si usted misma no la hubiera provocado como la acaba de provocar...

SARAH

Jorge...! (*Llorando*).

PAEZ

(*A dos pasos de ella con una profunda sinceridad que tiembla en sus palabras*). Yo asistí, desde el primer día a su dicha, con el silencio, con la aparente indiferencia del que nada tiene que lamentar... Sabe Dios el trago de amargura que me proporcionaba cada beso de ustedes cambiado en mi presencia... Pero era su dicha y era la de él... ¿Qué valía ante ellas mi impotente infelicidad?... Quiso el Destino luego que yo también asistiera a su derrumbe, a la interrupción que la fatalidad le ha traído. ¡Cómo podría trocarse en maldad, en perversidad, mi melancolía, que ya era carne de

resignación en mi?... Se habitúa uno al desconsuelo con el mismo placer con que se habitúa a la esperanza... El condenado a muerte, habituado a la idea de su fin, es capaz de construir su propio patíbulo... Ese es todo el espíritu de mi insignificante sacrificio. Si me niega usted el derecho a gozar de él, es por que usted... abriga otra clase de sentimientos con respecto a mí...

SARAH

Que dice usted, Jorge!...

PAEZ

Y entonces, prefiero, francamente, su odio... o su repulsión... pero que me deje la esperanza... de no esperar nada!...

SARAH

(Vuelve a ocultar su cabeza entre las manos). Dios mío!... *(Una pausa. Paez queda un instante abrumado por el esfuerzo moral realizado. Solo se oyen los contenidos sollozos de Sarah. Aparece por la escalera de derecha la figura grotesca de Sánchez, que al verlos, se quita el sombrero y espera).*

ESCENA IX

PAEZ — SARAH — SANCHEZ

PAEZ

(Al verlo). ¿Qué quiere usted? ¿Qué busca usted aquí?

SANCHEZ

Perdone caballero... pero como no le encontré en su oficina ayer ni hoy, y supuse que podría encontrarle aquí...

SARAH

(Con reconcentrada indignación). ¿Usted también supuso eso?

SANCHEZ

Uno tiene que *suponer* siempre las cosas, cuando no las sabe a ciencia cierta y cuando le sobra sagacidad para adivinarlas...

PAEZ

¡Basta!... ¿Qué es lo que quiere?

SANCHEZ

Discúlpeme, si he podido... molestarles... pero el señor acaso se olvida de que hace dos días que se ha vencido la quinta cuota de lo convenido...

PAEZ

No. No me he olvidado... Puede usted pasar por mi oficina dentro de dos horas... y en lo sucesivo le prohibo que venga usted a esta casa por este asunto...

SARAH

Paez. ¿Qué cuota es esa?...

PAEZ

Ninguna, señora... Es un asunto particular mío con el señor...

SARAH

No, Paez... Usted no dice la verdad. ¿A qué viene este hombre aquí? ¿Por qué razón? Esa cuota corresponde a la deuda de Carlos... Dígalo usted. (*A Sánchez*). ¿Es de la deuda de Ocampo?...

PAEZ

Sarah... se lo ruego...

SARAH

Dígalo usted, pues!...

SANCHEZ

Señora... yo lamento tener que quebrar la reserva que parece mantener el caballero... pero, en efecto... es de la deuda de su esposo... Si no lo fuera no tendría por qué venir a esta casa, provocando esta contrariedad... pero mi deber...

PAEZ

Basta, le he dicho. Puede usted estar seguro que antes de dos horas me hallará en mi oficina. Y está usted despachado...

SANCHEZ

Perfectamente, señor... Pero ya ve usted. Todo esto se hubiera evitado con el arreglo que le propuse oportunamente...

PAEZ

(*Furioso*). ¿Se ha de callar usted, o no?

SANCHEZ

Buenas tardes! (*Mutis por derecha precipitadamente*).

PAEZ

(*Solo*). Repugnante!...

ESCENA X

SARAH — PAEZ

SARAH

¿Qué ha dicho ese hombre, Jorge?... ¿Qué arreglo es ese que dice haber propuesto oportunamente?...

PAEZ

Una iniquidad, Sarah, que Carlos rechazó indignado... que no quiso ni aceptar ni oir...

SARAH

¿Le fué propuesto antes de... de dispararse el tiro, entonces?...

PAEZ

Si, esa misma tarde... cuando este hombre estuvo en su casa, pocos minutos antes...

SARAH

¿Y por qué no le aconsejó usted que lo aceptara? ¿Por qué? Siempre hubiera sido preferible a la triste solución que él quiso darle!...

PAEZ

Porque no pude ni mediar en él, Sarah... El estado de ánimo de Carlos era tan exaltado que no quiso ni discutirlo...

SARAH

¿Pero usted conocía la propuesta de ese hombre, entonces?

PAEZ

Si... yo mismo lo llevé a presencia de Carlos... Quise aconsejarle que la aceptara... Más, me solidarizaba con él... pero Carlos no quiso oirla... Se exasperó... estalló en la crisis de nervios que lo llevó rápidamente a ese desgraciado gesto.

SARAH

Y por qué, entonces, si estaba usted dispuesto a ayudarle, a sacrificarse por él, por su amigo... no hizo antes lo que ha realizado después... ¿Por qué no evitó usted con el convenio que ha celebrado con ese hombre, el intento de suicidio de Carlos?

PAEZ

Yo no podía prever ese suicidio, Sarah.

SARAH

(*Con un tono de duro reproche*). Jorge...!

PAEZ

Sarah...

SARAH

(*Reconcentrada*). Usted permitió... Usted dejó que Carlos intentara matarse...!

PAEZ

Sarah... ¡Qué dice usted! ¿Qué sospecha tiene usted de mi? ¿Me considera capaz de ese crimen...? De haber dejado a Carlos derrumbarse en el abismo moral en que cayó? ¿Por qué? ¿Para qué...? Para ahondar más aun el abismo que nos separaba? Cree usted que el sentimiento que he albergado toda mi vida en lo más recóndito de mí... era capaz de nutrirse con esa infamia? ¿Y para esto he sacraficado al silencio y a la amargura íntima todo lo que se estaba rebelando en mí...? (*Sarah solloza silenciosamente como avergonzada por su acusación*). Sarah...! Usted abriga una injusta sospecha de mí... o usted no sabe ya cómo apagar la llama que se está encendiendo en su espíritu...

SARAH

Usted me quería... ¿qué podía creer de usted?...

PAEZ

(*Apasionadamente*). La quiero todavía... Es todo lo que puede creer de mí...

SARAH

(*Instintivamente apoya su cabeza sobre el pecho de Páez*). Perdón!... perdóneme Jorge!... (*Rompe a llorar amargamente*).

PAEZ

(*Le toma la cabeza entre sus manos, y rápidamente, con toda pasión, le besa en la boca*). Sarah!...

(*Sarah contesta el beso, pero reacciona en el acto, y se separa de él violentamente, mientras grita en un alarido de reproche y de vergüenza*).

SARAH

Jorge...!

(*Páez se da cuenta de la situación. Reacciona también rápidamente y vase por foro derecha entre abatido y confuso. Sarah queda petrificada en su sitio. Sale por la puerta derecha JUANITA. Entretanto ha oscurecido y la escena permanece en una discreta penumbra*).

ESCENA XI

SARAH — JUANITA — LUEGO, TERESA

JUANITA

Sarah!... ¿Por qué te quedas aquí, a oscuras y sola?...

SARAH

(*Casi llorando*). Nena...! Hermanita...! Si... si, vamos. (*La abraza tiernamente*).

JUANITA

¿Con quién hablabas? Me pareció oirte gritar...

SARAH

Con nadie. Sola... sola, no más... Vamos!...

(*En este momento sale Teresa, vestida de calle, con su cartera en la mano, de la puerta de izquierda*).

TERESA

¡Cómo! ¿Todavía estás aquí, Sarah? (*Sarah apreta contra sí a Juanita como si tratara de ocultarle la vista de Teresa*). Y a oscuras...! Hasta mañana. ¡Ya es la noche...! ¡La hora de los mur-

cielagos...! (*Lanza una carcajada*). Hasta mañana!... (*Vase por derecha*).

(*Las luces de la calle se transparentan en los cristales del foro*).

JUANITA

¿A dónde va a esta hora?

SARAH

(*Apretándola contra su corazón y llorando amargamente*). No sé, hermanita... No lo sé... Vamos!... (*Inicia el mutis por derecha*).

TELON

TERCER ACTO

Saloncito en un departamento del Centro de la Ciudad. Amueblado con sencillez pero con cierta coquetería femenina. Es el nuevo *"hogar"* de Sarah. En él vive sola, aún cuando la visitan con frecuencia su madre y su hermanita, tácita e inocentemente "complicadas" con el nuevo orden de cosas. A la izquierda dos puertas que conducen al interior. En ochava al foro, derecha, puerta de salida al pequeño patio o hall del departamento. Es de mañana, en la primavera siguiente a aquella en que ocurrieron los sucesos del primer acto.

ESCENA I

SARAH — MISIA DOLORES

(*Al levantarse el telón, la escena permanecerá unos segundos vacía. Luego sale Sarah, de izquierda, vestida de entrecasa, y cruza la escena hacia el foro, como para recibir a Misia Dolores que viene de la calle. Misia Dolores viste modestamente como nuestras mujeres ancianas de la clase media*).

SARAH

(*Saliendo al encuentro de su madre*). Pase, mamá... Buen día... (*Las dos mujeres se besan*). ¿Cómo está...?

MISIA DOLORES

Buenos días, hijita... ¿Cómo te encuentras?

SARAH

Bien, mamá... Lo mismo. ¿Y usted? ¿Y la nena?... ¿Vino sola?

MISIA DOLORES

No, hija... Salí con Juanita y con esa otra niña... hija de la mujer esa...

SARAH

¿De Teresa?

MISIA DOLORES

Si... Se han hecho tan amiguitas en la Escuela, que no se separan en todo el día. Cuando la otra no viene a buscar a Juanita, es Juana la que va a buscarla a ella. Yo no sé ya qué hacer!

SARAH

¿Y qué va a hacer, mamá?... Acaso la pobrecita tiene la culpa de lo que su madre sea... ni Juanita deba pagar la culpa de...

MISIA DOLORES

Bueno... bueno, hija... Todo eso lo he pensado yo, y por ello las dejo... Ahora las mandé a una tienda y les dije que me esperaran en la puerta... No me gusta que te vea Juanita y pueda...

SARAH

Dígalo usted, claro, mamá. Y pueda sospechar la verdad. ¿No es eso?

MISIA DOLORES

Hijita...!

SARAH

Bien. No sospechará nada. Yo tampoco quiero que ella venga a esta casa... Y a otra cosa, mamá. ¿Están ustedes bien? ¿No les falta nada?

MISIA DOLORES

No, hijita... qué ha de faltarnos... no siendo tu compañía... Con lo que nos das nos alcanza y nos sobra para vivir tranquilamente las dos...

SARAH

Y Juanita... ¿va con regularidad a la escuela? ¿Es aplicada?

MISIA DOLORES

Si. En eso no tengo quejas. No falta un solo día... y con la

amistad de esa chica parece haber crecido su interés por el estudio. Es muy buena esa muchacha, a pesar...

SARAH

¿Juanita no verá a Teresa?

MISIA DOLORES

No, por que también Teresa es muy discreta. Solo ve a su hija en la casa de familia donde la tiene, y a donde va como una simple visita...

SARAH

Todo eso me consuela, mamá... No puede usted imaginarse la inquietud en que vivo... y en que viviré hasta que llegue el momento de...

MISIA DOLORES

¿De qué, hija mía?

SARAH

No lo sé, mamá, no lo sé... de que ustedes no necesiten más de mí... de que Juanita pueda sustituirme en el cuidado de usted... de que yo misma no necesite de nadie... de que... ¡qué se yo, Dios mío, qué se yo!

MISIA DOLORES

Y dime, Sarah... ¿No has sabido nada de... de él? ¿Hace mucho que no lo visitas?

SARAH

¿Por qué me lo pregunta usted, mamá?

MISIA DOLORES

Soy tu madre, hija mía... ¿Por qué te lo he de preguntar, sino por mi interés en verte tranquila?...

SARAH

Hace dos meses que no le veo... que no voy... ¿Para qué? ¿Para avergonzarme delante de él? ¿Para aumentar mi angustia...?

MISIA DOLORES

Entonces... ¿no tienes otras noticias de él que...

SARAH

Que las que me trae alguna vez, Jorge... o las que me comunican por teléfono desde el Sanatorio. Sé que está bien... es decir,

de fuerzas, de salud física... que tiene días buenos... que parece que mejora... pero... hace ya un año y meses que está en la misma situación. ¡Qué otra esperanza puedo abrigar...!

MISIA DOLORES

(*Con cierto misterio*). Te lo pregunto, hijita... porque ayer encontré a Fernández en la calle... a ese amigo de Carlos, y me dijo que Carlos, de pronto, ha sentido una notable mejoría...

SARAH

(*Inquieta*). ¿Qué dice usted, mamá?

MISIA DOLORES

Sí, hijita. Yo creí que tú lo sabías... por eso vine a verte...

SARAH

Ni una palabra... Pero hable usted. ¿Qué mejoría es esa?

MISIA DOLORES

Tan importante, que según Fernández quiere salir del Sanatorio...quiere venir a verte...

SARAH

¿Quién? ¡Carlos! ¿Pero es posible eso, mamá? No... no puede ser...

MISIA DOLORES

Como lo oyes, hijita... A mí también me inquietó. Por eso quise saber si tú tenías alguna noticia, antes de comunicártela...

SARAH

Pero, ¿qué dice usted, mamá? ¿Qué quiere venir a verme? No, eso no puede ser... no debe ser, mamá...

MISIA DOLORES

Así lo asegura su amigo. Dice que tu ausencia de estos meses parece haberle preocupado intensamente, a pesar de su enfermedad. Y qu ni él ni el Director del Sanatorio, han conseguido disuadirlo...

SARAH

Pero, ¿por qué no me lo han dicho antes, entonces? Yo hubiera ido... habría tratado de convencerle... de disimular. Me hubiera preparado. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué nueva desgracia me amenaza ahora!

MISIA DOLORES

No desesperes, muchacha... Todavía puede remediarse todo... Con que vayas a verle, bastará. Supongo que no le dejarán salir aún...

SARAH

Si... pero es que... ni aun así... no es la manera de engañarle ahora... de prolongar un día, un mes o un año más esta situación lo que me preocupa... es todo, mamá... lo anterior, lo que ha pasado aquí... el drama, mamá, el verdadero drama del pobre Carlos... ¡Oh, esto es demasiado ya! Yo no merecía tanto... no lo merecía! ¿Con qué cara, con qué espíritu puedo acercarme a él, ahora? ¿Cómo puedo permitir que venga él a mi lado... ni aunque sea a reprocharme, a condenarme... a matarme!

MISIA DOLORES

Pero, hija. ¡Qué cosas dices...! Yo no quería hacerte este daño... Perdóname... Pero creí prudente, indispensable, ponerte sobre aviso...

SARAH

Si, mamá, si... y yo se lo agradezco, pero no puedo, no podré afrontar esta vez la situación. Es demasiado... Ahora soy yo, la culpable, la única culpable... y no tendré ni defensa, ni consuelo, ni perdón... ¡Oh! ¡Es demasiado, demasiado ya...! (*Se echa a llorar*).

MISIA DOLORES

Pero, ¿por qué te alarmas todavía? Acaso no sea más que una noticia sin fundamento, hijita...

SARAH

No... Si debe ser verdad. Yo lo presentía, lo temía, lo esperaba... Siempre me preocupó ese temor... Carlos volverá, volverá algún día... y, entonces, el mal que él quiso impedir, no tendrá remedio ya... y yo, yo misma, seré la causante... Y para esto he sufrido todo este largo martirio de penas, de miserias, de vergüenza...!

(*Aparecen por foro, Juanita y Pepita, en traje de calle*).

ESCENA II

M. DOLORES — SARAH — JUANITA — PEPITA

JUANITA

Sarah!...

SARAH

(*Corriendo a su encuentro*). Nena!... (*Se besan*). Y cómo has... llegado hasta aquí? (*Mira a su madre con cierta severidad*).

JUANITA

Mamá quedó en esperarnos en la puerta... pero regresamos y como no estaba, yo pregunté al portero si no había visto a una señora... y me dijo que estaba en este departamento... ¡Qué sorpresa, verdad?

SARAH

(*Cohibida*). Si, hijita, si... ¿Y tú? (*A Pepita*). ¿Cómo estás? ¿Progresas?

PEPITA

Si, señora... Estamos en la misma clase con Juanita...

SARAH

Bien... Confío en que además de ser buenas amigas, serán las dos buenas estudiantes...

PEPITA

Si, señora... Eso queremos ser...

JUANITA

¿Vives ahora aquí, Sarah?

SARAH

(*Cohibida*). Si, nena, si... es decir, recién vengo a vivir...

JUANITA

¡Ah! ¿Ya salió del Sanatorio Carlos?

SARAH

No, todavía no... pero... saldrá pronto... muy pronto.

JUANITA

¡Ah!... ¿Lo estás esperando, entonces? ¿Le has preparado esta casa para cuando salga? (*A Pepita*). ¿Has visto? Lo que yo te

decía. Como mi cuñado saldrá pronto... Entonces... ¿Has dejado el puesto de institutriz que tenías?

SARAH

Si, nena, si... ya lo dejé. ¿No ves que estoy en *mi casa*, ahora? Pero... ¿no tenían ustedes que hacer? Vayan, no más... Después las iré a visitar... Acompáñelas, mamá... No se demoren por mí...

JUANITA

Nosotras tenemos tiempo... ¿Verdad, Pepita?

PEPITA

Si, hasta la tarde.

MISIA DOLORES

No importa. Nos iremos... por que yo tengo mucho que hacer ahora... y Sarah también... Después vendremos...

SARAH

Eso es... cuando... cuando ya esté Carlos aquí...

JUANITA

Pero qué lindo, que coqueto es el departamentito... (*A Pepita*). ¿Te gusta?...

PEPITA

Mucho...

SARAH

(*Sin poder dominar ya sus nervios*). Bien, bien... vayan. No se demoren... Yo tengo que vestirme...

MISIA DOLORES

Sí, hijita... Vámonos...

JUANITA

Ya que estás tan apurada...

SARAH

(*Besándola*). Hasta luego, nena... Adiós, hijita... Que sean ustedes buenas amigas... Hasta luego, mamá... Nos veremos más tarde... (*Aparece Páez por foro*).

ESCENA III

DICHOS — PAEZ

PAEZ

Buenos días... (*Por su aspecto parece venir profundamente preocupado. Al verle, Sarah se inmuta intensamente*).

SARAH

Jorge...

PAEZ

(*Saludando a M. Dolores y Juanita con un simple gesto*). Señora... Señoritas...

MISIA DOLORES

Cómo está usted, señor?

SARAH

(*Disimulando*). Viene usted oportunamente, Jorge... Le iba ya a hacer llamar... Bien... Hasta luego, mamá. (*Con una mirada inteligente*).

MISIA DOLORES

Hasta luego, hija. (*A Páez*). Adiós, señor... Vamos, chicas... (*Las muchachas saludan a Páez con una inclinación y vanse demostrando cierta sorpresa*).

SARAH

(*A Dolores, aparte*). Vuelve usted pronto, mamá. Por Dios, no me deje usted sola. Yo la necesito...

MISIA DOLORES

Sí, hijita, sí...!

(*Mutis M. Dolores, Juanita y Pepita*).

ESCENA IV

SARAH — PAEZ

SARAH

(*Volviendo, y con intensa emoción*). Jorge...! ¿Tú también sabes la noticia...?

PAEZ

Sí... desgraciadamente... pero... ¿a qué has hecho venir esa criatura aquí?

SARAH

Fué un descuido de mamá... por traerme la noticia que yo ignoraba... (*Una pausa. Páez se sienta, como aplastado por su preocupación*). (*Sarah se acerca a él y le habla con dolorosa ternura*). ¡Jorge...! ¿Has visto cómo el pecado no queda nunca oculto ni impune?

PAEZ

¡Qué pecado...! ¿El pecado de querer?

SARAH

No... el de la impiedad... el de la ingratitud... el de la deslealtad...

PAEZ

Pero, ¿quién es aquí despiadado, ni ingrato, ni desleal? ¿Quién?

SARAH

¡Los dos...!

PAEZ

No... Yo no tengo que acusarme de nada... ni tú tampoco...!

SARAH

Pero tenemos los dos que arrepentirnos de todo...

PAEZ

No. No hay arrepentimiento por que no ha habido delito... No sé hasta que punto será verdad esa noticia del regreso de Carlos... pero sea o no verdad, vuelva él o no... necesario será que nos sobrepongamos a nuestros propios escrúpulos y afrontemos al Destino como él ha querido que le afrontemos...

SARAH

¿Qué dices, Jorge?

PAEZ

Que yo no estoy dispuesto a que... a que ese hombre vuelva a tu lado!...

SARAH

¿Carlos?

PAEZ

Sí, tu marido...!

SARAH

¡Jorge! ¿Qué dices? ¿Y cómo habrías de impedirlo?

PAEZ

No lo sé... pero es necesario, es indispensable que Carlos no vuelva a verte...

SARAH

Pero. ¡Dios mío! ¿Y cómo podré evitarlo? ¿Acaso él conoce la verdad de las cosas? Si la ignorara, ¿con qué espíritu puedo yo revelársela o seguir ocultándosela? Y si la sabe, si la sospecha, ¡cómo podré negarla o defenderme de su acusación?

PAEZ

No recibiéndole... evitando todo encuentro con él...

SARAH

Pero eso sería su muerte... el peor golpe que le podríamos dar... que le podría yo dar...

PAEZ

No lo sé... ni me interesa saberlo ahora...

SARAH

Ahora... ¿por qué, ahora?

PAEZ

Ahora... ahora... por que mi cariño por tí se ha hecho carne... porque ahora es realidad... porque ahora eres mía... ¡y no seré yo quien te deje nuevamente arrebatar de mis brazos, por un derecho que ha cesado... que no existe ya...!

SARAH

No, no ha cesado, Jorge... Carlos es mi marido...

PAEZ

Era tu marido!...

SARAH

Y sigue siéndolo para mi piedad y para mi ternura, Jorge... Si otro sentimiento, si otra pasión, si otro amor, han podido quebrantar en mí los deberes de la lealtad y de la fidelidad... no han debido ni podido cegar en mi alma y en mi conciencia los lazos que a él me unen por la dicha vivida... por la vida compartida...

PAEZ

Entonces... tu amor hacia mí, tu ternura de ahora, de ayer...

¿qué era, qué es?... ¿Quiere decir, entonces, que toda esta dicha que comparto contigo, aún al margen de los convencionalismos comunes... aún en el secreto de las cosas ocultas y prohibidas... es mentira, era farsa... era conveniencia, nada más!...

SARAH

(*Con dignidad*) Jorge!... Te prohibo que me ofendas... No tienes ningún derecho para hacerlo...

PAEZ

Pero... ¿y entónces?... ¿qué significa este repentino despertar de tu apego a él?... Apego, porque no puede ya ser amor... ¿No habías acaso renunciado para siempre a él, en la desesperanza de recuperarlo?... ¿No le habías ya sustituído en tu corazón con la ternura que yo te ofrecí, que has confesado sentir por mí?... (*Sarah rompe a llorar*) ¿O crees tú que ahora, que he convertido en realidad el ensueño de toda mi vida... puedo consentir que el hombre que te arrancó de mi ideal, vuelva a quitarte de mis brazos, por la estúpida ley de un escrúpulo vulgar?... No, nunca...! Demasiado he luchado con mis propios sentimientos, cuando ninguna esperanza alentaba mi derecho... Demasiados renunciamientos he debido aceptar cuando tu amor por él anulaba toda ilusión. Ahora eres mía... mía... ¡y aunque no pueda gritarlo a la faz del mundo, aunque deba seguir ocultándolo como un delito o como una vergüenza; aunque deba apagar en mi conciencia todos esos escrúpulos de la amistad, de la piedad, de la lealtad que invocas, yo reivindico el derecho que me han dado tu cariño y la misma realización de mi esperanza tanto tiempo alentada... Ahora, eres mía!...

SARAH

Pero, Jorge... ¿Y Carlos? ¿Y tu amigo?... ¿Y mi marido?... ¿Para qué hemos luchado juntos, yo con mi pena, tú con tu esfuerzo, para salvarle de la muerte o de algo peor, si habríamos de darle después juntos este dolor, mayor aún que todos los que le hemos evitado? ¿Para que?...

PAEZ

No lo sé, ni me interesa saberlo ahora, ya te lo he dicho!... Eran otros sentimientos los que me animaban entonces... otra naturaleza del sentimiento... La misma quizás que me hacía desear tu dicha con él cuando ella hacía mi propia tristeza... cuando mi con-

suelo estaba en mi propia desesperanza... Yo deseaba lealmente, devolvértelo... era mi amigo y era tu marido...! Hubiera dado mi vida por su salud y por tu felicidad con él... pero era por que los derechos de posesión no habían brotado aún en la resignación de mi impotencia... Pero ahora, ahora... que su ausencia, que su propio designio le quitó del medio; ahora que tu amor me pertenece, ahora que se me amenaza con su regreso, yo siento celos de él... sí, sí, estoy celoso de tu marido y de tí... ¡ y soy yo ahora quien reclama el mejor derecho!.... Yo no sé si para la ley o para la moral hay un delito en mi conducta; si hay un robo o no en mi felicidad actual... pero sí sé que es tan justo y humano el instinto de posesión del ladrón como el del robado, cuando hay sobre ella algo más que el miserable privilegio de la propiedad material....

SARAH

Pero nuestro derecho no puede anular nuestro deber, Jorge... Hemos fundado nuestra dicha sobre la desgracia ajena..., hemos construído sobre arenas... Nos hemos engañado a nosotros mismos... No hay dicha posible sin libertad... Y nosotros no éramos ni somos libres... Nos hemos engañado...

PAEZ

No... Te habrás engañado tú... me habrás engañado. Yo tenía plena conciencia de lo que hacía cuando comprendí que me estaba revolviendo inútilmente contra el Destino...

SARAH

Jorge! no quiero que digas eso... Yo sé hasta qué punto soy la culpable, pero no te asiste ninguna razón para llamarte a engaño. Yo sentía por tí viva simpatía, antes de conocer a Carlos... No era amor, no... El llenó desde el primer momento mis aspiraciones y ensueños de mujer... Fuí feliz con él, tú lo sabes... Luego, cuando la desgracia nos separó, mi simpatía hacia tí fué creciendo a medida que aumentaba mi admiración por tí, por tu grandeza de alma, por tu bondad, por tu abnegación... El primer aspecto del amor es la admiración, el segundo la gratitud. Y yo te estaba agradecida. El tiempo, el olvido, la naturaleza, acaso, fueron acercándote a mí... el hábito de verte, la necesidad de verte, fué haciéndote indispensable en mi vida. Y nunca se sabe cuando nace el amor... Te quise, sin darme cuenta, acaso. Quise arrancarte de mi

imaginación y de mis sentimientos... pero no hallaba pretextos suficientes para hacerlo... Y fuí tuya, porque fatalmente tenía que serlo... Yo no te he engañado... aunque acaso pueda haberme engañado a mí misma... Pero ahora, ahora que el Destino o la Fatalidad quieren que vuelva el hombre a quien dí mi vida... el hombre a cuya pérdida no me había aún resignado, no puedo eludir el escrúpulo de conciencia con que me remuerde mi pecado... Yo le quería, y creo que le quiero aún Jorge... ¡para qué negarlo! ¡Cómo podría condenarle a la triste certidumbre de mi deslealtad y de mi olvido, cuando por su propia felicidad, he destrozado la mía..! ¡Cómo podría reconstruir mi paz y mi dicha, contra su reproche, contra la acusación de todos, contra mis propios remordimientos! ¡Oh! Eso no sería ya felicidad... sería una condena perpétua a la vergüenza y a la tortura..!

PAEZ

¿Prefieres, entonces, engañarle?... Preferirías ocultarle la verdad, para continuar en el pecado del disimulo o en el engaño de la traición?....

SARAH

No... Eso nunca..!

PAEZ

Entonces.... ¿le dirías la verdad? ¿Le darías ese golpe que tratas de evitar... mendigando su perdón... y condenándome a tu pérdida?...

SARAH

(*Llorando*) No sé... No lo sé, Jorge... Pero yo no puedo renunciar a verlo... yo no quiero huir de él... ahora, precisamente... ahora que más que nunca necesita de mi consuelo... ahora que puedo reconstruir su vida....

PAEZ

Deshaciendo la mía...! (*Pausa*) ¿Y crées tú que pueda yo abandonarte ahora, con la misma pasividad de antes?... ¿Crées tú que podría mirarle yo a la cara, después de haberle quitado tu cariño... y después de arrebatarme él mi ventura?... No... Eso es demasiado ya para mí...!

SARAH

¿Y qué hacemos, Dios mío?...

PAEZ

No lo sé... Pero no seré yó quien busque la solución... Mi última palabra es la de que no debes verlo!...

SARAH

(*Echándose en sus brazos*) Jorge...! Jorge...! Le mataríamos!.. Dime... dime, ¿cómo podríamos evitar tanta pena?... (*Rompe a llorar en sus brazos. Aparece por foro la señora de Ocampo*).

ESCENA V

SARAH — PAEZ — Sra. DE OCAMPO

SEÑORA DE OCAMPO

(*En la puerta del foro, con altiva dignidad*) Celebro encontrarles juntos y en esta intimidad...

PAEZ

Señora!

SARAH

Señora!

SEÑORA DE OCAMPO

Nos evitaremos así inútiles circunloquios y disimulos... Y nos entenderemos mejor... (*Páez queda como aplastado por la presencia de la señora de Ocampo. Sarah no se atreve ni a levantar la vista agobiada por el gesto acusador de la anciana*) Espero, por otra parte, que no tratarán ustedes de defenderse ni de darme explicaciones.... No las necesito ni las quiero... He venido solo a comunicarles... especialmente a usted Sarah... que dentro de muy pocos minutos, vendrá a esta casa mi hijo, su marido de usted...

SARAH

Carlos...!

PAEZ

¿Aquí? ¿Y por qué, precisamente, aquí?...

SEÑORA DE OCAMPO

Le traerá Fernández...! No ha habido manera de disuadirlo de su propósito... sin aumentar sus sospechas y su amargura... y he

debido aceptar la fatalidad como única solución... Por eso he hecho que sea su amigo Fernández quien le traiga, mientras yo me adelantaba para preparar siquiera este último engaño...

SARAH

Señora...!

SEÑORA DE OCAMPO

Le he dicho a usted que no vengo en busca de explicaciones...

PAEZ

¿Y por qué le ha de traer Fernández a esta casa, pregunto?... ¿No podría haber preparado usted en otro sitio el encuentro?...

SEÑORA DE OCAMPO

Para Fernández como para tantos, *esta "casa"* es el *"hogar"* de la señora... Mientras ustedes tengan que ocultar su delito, deberán aceptar por lo menos las consecuencias de su propia mentira...

PAEZ

Señora!

SEÑORA DE OCAMPO

A eso he venido, caballero. A aclarar esta situación. Como madre no puedo consentir, a sabiendas, en que mi hijo vuelva junto a la mujer desleal y bajo el techo en que alberga a su amante... (*Sarah rompe a llorar*) Pero como madre también, no puedo menos que contribuir al piadoso engaño que le evitaría un dolor mayor que todos los sufridos... Pero, antes, necesito saber si tiene usted algún derecho que invocar... si se atreve usted a afrontar abiertamente la responsabilidad en que ha incurrido para, en ese caso, ser yo la primera que impida la entrada de mi hijo, y la primera en revelarle la verdad que le mataría... (*Pausa dolorosa en la que ni Sarah ni Páez se atreven a expresarse*) Yo vengo, simplemente, a saber si mi hijo puede venir a esa "casa" como a la casa de la señora... y no como a su mancebía...

PAEZ

Señora!...

SEÑORA DE OCAMPO

Excúseme usted, pero necesito hablar con la claridad que las circunstancias requieren... Quiero saber si la "esposa", puede recibirle como tal, aunque sea para prolongar el engaño que su paz y

su salud necesitan por ahora... Si su "amigo", está dispuesto a mentirle todavía un poco de lealtad hasta tanto no posea la necesaria fuerza para conocer su traición...

PAEZ

No tengo, señora, que justificarme ante usted...

SEÑORA DE OCAMPO

No tiene usted justificaciones posibles para una madre...

PAEZ

Me basta con tenerlas para con mi propia conciencia... Pero si viene usted a pedir, por su hijo y por su salud la prolongación de lo que ha llamado "un engaño" y que es mas bien la obra de un destino... sea! Huelgan sus juicios! Esta casa es el hogar de la Señora... que en él ha esperado contra todas las leyes de la naturaleza y de la vida... contra todas las necesidades y exigencias del espíritu y de la materia... el regreso indefinido de su esposo! Puede usted traer a su hijo... en la seguridad de que mientras lo necesite su tranquilidad moral... nadie invocará mayores derechos... ni nadie le revelará la mentira de esa paz...! Adios, Sarah...!

SARAH

Jorge!... (*Profundamente conmovida llora reconcentradamente. Va junto a él. Páez quiere besarla, pero se contiene. Le tiende la mano en un cordial y emocionado apretón*).

PAEZ

Es tu marido!... Yo también volveré a verle... (*Váse aplastado por su emoción*).

ESCENA VI

SARAH — SEÑORA OCAMPO

SARAH

(*Llorando amargamente*) ¡Por qué, Dios mío, por qué ha de caer sobre mí todo tu castigo!...

SEÑORA DE OCAMPO

Llore usted... llore... que no le alcanzarán todas sus lágrimas

para redimirse...! (*Pausa. Sarah reacciona vivamente, se seca los ojos y como desprendiéndose de su momentánea cobardía se encara con la señora Ocampo*).

SARAH

Basta, señora... Ha dicho usted ya todo lo que tenía que decir... ha dicho también demasiado... Todo lo he tolerado por respeto a su condición de madre... pero no podré tolerarle que se ensañe usted en mi dolor... Usted no tiene derechos ni razones para acusarme de nada...

SEÑORA DE OCAMPO

¿Que no tengo razones?... ¿Y quién entonces llevó a mi hijo a la desesperación? ¿Por quién desequilibró su vida hasta perder toda orientación? ¿Por qué se quiso matar mi hijo?... Responda usted...

SARAH

Responda usted antes, señora!... ¿Por qué se mató su marido, el padre de su hijo?... (*La señora Ocampo queda como aplastada por la pregunta*). Hágase usted a sí misma la pregunta, antes de juzgar a los demás....

SEÑORA DE OCAMPO

Usted traicionó a mi hijo!...

SARAH

No es verdad!... Yo he pecado, sí, pero no antes que la tragedia hubiera trastornado las bases de mi vida... y de la de él...! Yo he pecado, después que la tentativa de suicidio de Carlos, epilogó tristemente una felicidad y un vínculo construídos en falso... Yo he pecado cuando la miseria, cuando la soledad, cuando la suspicacia agena, me vencieron... ¡Cuando ya me debía a mí misma antes que a nadie!... Dígame usted qué hubiera hecho en mi lugar... Piense usted si por su espíritu y por sus nervios de mujer no pasó alguna vez el soplo del pecado o de la desesperación cuando el suicidio de su marido la condenó a soledad perpétua, a abandono eterno... Dígame usted si alguna vez ha sido mujer, si se ha sentido usted culpable de la condena que le han inflingido el mundo, la sociedad y la vida...

SEÑORA DE OCAMPO

Yo he mantenido intactos el respeto y el recuerdo de mi marido...

SARAH

No... Usted no ha hecho más que mantener intacta su hambre, señora... porque la necesidad no la obligó al pecado... A usted le quedó un hijo que sustituyó al hombre del que todas dependemos.... A mí no me quedó más que esa esclavitud del hombre... ¡Es muy fácil imponer leyes a los demás y borrar la propia culpa con víctimas agenas...! (*va hacia la ventana de foro y en un arranque trágico grita*) ¡Que vengan los que hacen la moral y dan el pán, a ver quién puede arrojar la primera piedra!... ¡Que vengan...! Que vengan!... (*Cae vencida en un sillón llorando amargamente. La señora Ocampo queda en su sitio sin decir palabra unos instantes. Solo se oyen los sollozos entrecortados de Sarah*).

SEÑORA DE OCAMPO

(*Después de la pausa, con acento sereno*). Carlos ha de venir de un momento a otro... Yo espero que usted se sabrá sobreponer a su estado de ánimo... y no dejará entrever al pobre nada de lo ocurrido... hasta que su salud le permita sufrir el golpe que necesariamente habrá que darle algún día... porque esta situación no debe, no puede continuar...

SARAH

No se preocupe usted señora... Sabré disimular.. Si para disimular siempre hemos nacido las mujeres...

SEÑORA DE OCAMPO

(*Llorando*) Ya lo vé, usted... Yo, su propia madre, debo complicarme en su engaño... ¡Hasta yo debo callar!...

(*Aparece en la puerta de foro M. Dolores, que al ver a su hija en aquella actitud corre hacia ella, acongojada*).

ESCENA VII

SARAH — SEÑORA OCAMPO — MISIA DOLORES

MISIA DOLORES

Hijita! ¿Qué tienes?... ¿Qué le ha dicho usted señora?...

SARAH

Nada, mamá... ¡Ya nos hemos puesto de acuerdo!...

MISIA DOLORES

¿De acuerdo?... Pero ¿qué es lo que ha pasado aquí?

SARAH

Carlos vendrá aquí dentro de pocos momentos...

MISIA DOLORES

Entonces... ¿era verdad?... Y tú... ¿le vás a recibir?. (*Inquiere con la mirada a la señora Ocampo*).

SARAH

Sí, mamá... Esta casa es desde hoy... nuestra casa... hasta que Dios lo quiera... ¿Comprende usted?... Carlos viene a su hogar... intacto, como le dejó...

MISIA DOLORES

Comprendo, hijita... Comprendo... (*A la señora Ocampo*) Usted alcanzará señora toda la tristeza de esta pobre alma...! (*La señora Ocampo no responde. Se enjuga los ojos por toda respuesta*).

SARAH

Después... el Destino proveerá...!

(*Se oye un toque de timbre. Las tres mujeres se sienten simultáneamente alarmadas*).

SEÑORA DE OCAMPO

¡El!...

SARAH

(*Incorporándose*) ¿Será Carlos?... Vaya usted, mamá...

(*Misia Dolores se aproxima a la puerta y observa*).

MISIA DOLORES

(*Profundamente inmutada*) Ellos son!...

SARAH

Hágalos entrar, mamá...

(*M. Dolores váse foro*).

SARAH

Dios mío!... Dame fuerzas!...

ESCENA VIII

SARAH — Sra. OCAMPO — M. DOLORES — FERNANDEZ — OCAMPO

(*Al aparecer Ocampo, desencajado, envejecido, débil, la señora Ocampo va a su encuentro*).

SEÑORA DE OCAMPO

Hijo mío!...

OCAMPO

Mamá!... (*La señora Ocampo le toma en sus brazos. Sarah queda como petrificada en su sitio*) (*Al ver a Sarah*) Sarah... Sarita!... ¿Así me recibes...?

SARAH

(*Rompe a llorar*) Carlos!...

OCAMPO

Ven, mi bien... vén!... Comprendo toda tu emoción... Es como recibir a un cadáver... ¿Verdad?

(*Sarah va a sus brazos sollozando. El la oprime contra su pecho*).

Pero ya lo vés... la Muerte no me ha querido... y la locura tampoco... Me devuelven a tí hecho un despojo... pero con una nueva vida... (*La besa tiernamente*). No llores... si no se debe llorar... ¡Para qué!...

SEÑORA DE OCAMPO

Hijo mío...! No te atormentes... Ven, siéntate... Descansa... Has querido sufrir esta emoción, contra el consejo de tu propio médico...

OCAMPO

El médico ya ha terminado su misión, mamá!

SEÑORA DE OCAMPO

Ven, siéntate...

(*Entre la señora Ocampo, Fernández y Sarah le sientan en un sofá cercano*).

OCAMPO

Cómo cambia de aspecto todo. ¡Qué bien se debe estar aquí,

ahora!... (*Observa las cosas que hay a su alrededor*). Ven, Sarah... a mi lado... del que ya no te sacará nadie... ni la Muerte, si tu quieres...

SARAH

Carlos... No hables así... (*Se sienta a su lado, reclinando la cabeza sobre su hombro y oprimida la cintura por un brazo de Ocampo*).

OCAMPO

Y esta... ¿es tu casa?...

SARAH

No, Carlos... Nuestra casa...

OCAMPO

Nuestra...

SEÑORA DE OCAMPO

Sí, hijo mío... Sarah debió reducirse... venderlo todo para luego... reconstruir su hogar más modestamente...

OCAMPO

No me interesa nada de eso... Creo que he nacido de nuevo... y quiero comenzar a vivir de nuevo... Y tú me ayudarás, ¿verdad, Sarah?...

SARAH

Sí Carlos...

OCAMPO

¿Y Páez?... (*Hay un silencio embarazoso en todos*). No viene mi amigo por aquí?...

SEÑORA DE OCAMPO

Sí, Carlos... El se ha encargado de todas tus cosas... y suele venir a vernos... a preguntar por tí... a darnos cuenta de todo...

OCAMPO

(*Al ver a M. Dolores*) Señora... No la había notado... Qué bien está usted... (*M. Dolores le saluda conmovida*). Siempre al lado de su hija... ¿Verdad? ¡Qué mejor garantía para mí que la ternura y la vigilancia de dos madres... Pero... ¿Y Páez? Quisiera verle... El pobre no me visitaba ya... como tú... (*A Sarah*). (*Sara solloza*). Pero no es un reproche... ¡Qué ha de serlo... si digo que hoy he nacido de nuevo...

FERNANDEZ

(*Conmovido*). Discúlpame, Carlos... pero... te dejo con ellas... Ya volveré más tarde por si me necesitas...

OCAMPO

Sí, Fernández... Véte... No te perjudiques más por mí... Demasiado has hecho... Búscalo a Páez y envíamelo... quiero verle...

FERNANDEZ

Te lo prometo... Hasta luego... Adiós, señoras...

SEÑORA DE OCAMPO

Adiós, señor...

(*Fernández váse por foro y le acompaña M. Dolores*).

ESCENA IX

OCAMPO — SARAH — Sra. OCAMPO

OCAMPO

Aquí, mamá... a mi lado también... Solo ustedes dos pueden darme fuerzas ahora para recomenzar el camino... Les he faltado mucho tiempo... Solo yo puedo comprender todo el error cometido... ¡lo que habrán debido sufrir ustedes!... Pero aún es tiempo de remediarlo...

SEÑORA DE OCAMPO

No te preocupes, hijo mío... Ahora lo que se debe hacer es cuidar tu salud... que te pongas bueno del todo... y después se verá...

OCAMPO

(*A Sarah*). ¿Tú estás contenta de mi regreso, Sarah?

SARAH

¿Por qué preguntas eso, Carlos?... ¡Cómo no he de estarlo!...

OCAMPO

No tiene nada de insólita la pregunta... Necesito saberlo... ¿Y

tú, mamá?... ¿Crées, sinceramente, que puedo, que debo volver, junto a ustedes, a reconstruir mi dicha, a reiniciar mi vida?...

SEÑORA DE OCAMPO

Pero, hijo...

OCAMPO

Responde, mamá...

SEÑORA DE OCAMPO

(*Mirando a Sarah*). Si esta es tu nueva felicidad... ¿por qué no has de poder, hijo mío?...

OCAMPO

Así quería que me respondieras, mamá... Todas las leyes, todas las éticas, todos los escrúpulos terminan, donde nace la propia felicidad... En medio de las sombras de la muerte y de las nieblas, de la locura, una claridad de sol me ha iluminado la conciencia... Dicen los sabios que la Muerte no es más que la transición de un estado de conciencia a otro muy distinto... Se pierde la vida como se pierde un objeto estimado, pero al cual se olvida en el momento mismo de perderle... ¿Qué importa entonces morir, si no se ha de recordar para nada la vida perdida!...

SEÑORA DE OCAMPO

¿Por qué dices eso, hijo mío?

SARAH

No hables así, Carlos...

OCAMPO

No... si no me refiero a la Muerte que nos llena de miedo... Me refiero a la vida que comienza para mí... La Muerte no me ha querido... luego, mi existencia actual no es más que ese cambio de estado de conciencia que hubiera gozado con la Muerte a haberse producido... Para mí, pues, no existe nada de lo anterior... Mi balazo epilogó una vida equivocada o mala... Comienza ahora la otra... más buena, más perfecta... por que no se debe renacer para retrogradar... De este lado o del otro de la muralla, mi conciencia subsiste... comienza otra vida...

SEÑORA DE OCAMPO

¿Y por qué dices todo eso hijo mío?

OCAMPO

Por que no quiero saber nada de lo anterior! Las preocupaciones que pretendieron llevarme a la muerte han desaparecido.... Y cualesquiera sean los escrúpulos que me aten al pasado deben desaparecer con él. ¿Comprendes, mamá?... ¿Comprendes, mi bien?...

(Las dos mujeres callan abrumadas por la situación. Aparecen en la puerta del foro, M. Dolores y Páez).

ESCENA X

OCAMPO — Sra. OCAMPO — SARAH — M. DOLORES — PAEZ

(Páez queda inmóvil en la puerta. A su lado M. Dolores).

OCAMPO

(Al verle). Páez!... Jorge!... *(Se incorpora)*. Hermano...! *(Va hacia él y le tiende la mano en gesto leal y expontáneo. La señora de Ocampo y Sarah que se han incorporado también, permanecen en sus sitios, dominadas por una profunda emoción)*. Te extrañaba... Me sorprendía que fueras tú... mi amigo, el único que no asistiera a mi reintegro...

PAEZ

(Sin acertar a decir nada). Carlos...! *(Le tiende su mano y ambos hombres se dan un largo apretón cordial. Hay una dolorosa pausa)*.

OCAMPO

Te esperaba, sin embargo... *(Mirando a su madre en un modo significativo, como pidiéndole que los deje solos)*. Mamá...! *(La señora Ocampo comprende y con Misia Dolores hacen mutis lentamente por izquierda)*.

ESCENA XI

SARAH — OCAMPO — PAEZ

OCAMPO

(*Cuando quedan solos*). Siéntate, Jorge... quisiera hablarte... pero hay momentos en que las palabras están completamente de más... ¿Tienes algo tú que decirme? Habla tú...

PAEZ

Nada, Carlos... Esta noche saldré para Montevideo... Debo embarcarme en el primer vapor... que parta de ahí para Europa...

OCAMPO

¿Te vás?...

PAEZ

Sí... (*Pausa*).

OCAMPO

¿Por mucho tiempo?

PAEZ

Todo el que sea necesario... (*Pausa*). (*Con honda emoción*). Hubiera preferido no cambiar contigo estas palabras de despedida.... pero.... una fuerza extraña, invencible, me trajo aquí.... cuando yo pretendía alejarme...

OCAMPO

La misma... que me trajo a mí...

PAEZ

Adiós, Carlos...

OCAMPO

¿No tienes nada más que decirme?...

PAEZ

No...

OCAMPO

(*Tendiéndole la mano*). Adiós...! Que la suerte te acompañe...

PAEZ

(*Se desprende de Ocampo casi bruscamente, va a hacer mutis pero se detiene. Mira a Sarah y se vuelve a ella*). Adiós, Sarah...! (*Le tiende la mano, que Sarah apreta mientras contiene apenas el llanto que la ahoga. Páez sale casi precipitadamente por foro. Sarah, no pudiendo ya reprimir su congoja rompe a llorar, echándose en los brazos de Ocampo*).

OCAMPO

Pobrecita...! Cuánta lágrima hay en el fondo de cada vida...! (*Se sienta y Sarah cae de rodillas junto a él, apoyando la cabeza en su regazo*). Llora, querida.... (*Aparecen en la puerta de izquierda las dos madres que contemplan la escena llorando silenciosamente y como unidas por la misma congoja*). Todavía puede haber días de felicidad... (*Acariciándole la cabeza con ambas manos*). Esposa mía... Hermana mía...!

TELON

FIN DE LA OBRA



BIBLIOTECA

TEATRO NUEVO

Tomo I. **La Grieta**. pieza en tres actos, por Pedro E. Pico y Juan Leon Bengoa.

Tomo II. **Hermana mia...**, drama en tres actos por José Gonzá-ez Castillo.

En el tomo 3 de esta Biblioteca se publicará una de las obras que más éxito ha tenido en la actual temporada del buen teatro. Se pondrá en venta la segunda semana de Junio.

Como la ediciones de esta biblioteca serán limitadas, no deje para mañana la adquisición de su ejemplar.



Impreso en los talleres gráficos
M. Lorenzo Rañó, Boedo 837, p
la «Editorial Claridad» :: ::